



CORRESPONDENCIA

JERUSALÉN

Primeras impresiones de un peregrino en Tierra Santa

El Rdo. P. Fr. Ramón G. Muñíos, misionero franciscano, continúa desde Jerusalén la relación de su viaje á Tierra Santa. (V. pág. 50).

DECÍA en mi anterior que Jerusalén presenta ya dentro de sus murallas un aspecto cosmopolita y heterogéneo por demás; basta para probar este aserto penetrar por la puerta de Jafa ó de Damasco. Allí se encuentra el viajero en una nueva Babel de lenguas, tipos y trajes, desde el europeo más fino hasta el más zafio beduíno del desierto, desde el color blanco y sonrosado de la raza caucásica hasta el negro mate, malayo ó abisinio, etc. Lo mismo diríamos de la civilización y religión peculiar de cada uno de los pueblos que aquéllos representan, si estas consideraciones no me llevarán más lejos de lo que constituye el objeto de estas *primeras* y por ende fugaces y desordenadas *impresiones*.

Pero lo que más hondamente impresiona, lo que hace meditar á un hombre medianamente instruído en cosas de historia y religión, es el contingente exorbitante de hebreos que continuamente, si bien á las calladas, afluye á la Ciudad Santa.

Ver por las calles grandes grupos de judíos pálicos y macilentos, de mirada torva, que revela un odio de raza á todo lo que les es extraño, envueltos en largos y ricos albornos, hablando un lenguaje peculiar suyo, que es el de la nación que los arrojó de su territorio en siglos pasados (1); contemplarlos reunidos en torno del

(1) Cuando fuimos por vez primera á la mejor sinagoga de Jerusalén llevábamos un dragomán católico que habla algo de español. Después de estar algunos momentos dentro del recinto se nos presenta un chico que, al oír á aquél explicarnos algunas cosas en nuestra lengua, se atrevió á preguntarnos en la misma: «¿Queréis algún libro en castellano?—¿Para qué?—Para estudiar.—Y cuando ya salimos se acerca á uno de nosotros y vuelve á preguntar aludiendo al dragomán:—¿Ese es judío?—No.—¿Y cómo es que habla el español como vosotros?» Lo cual significa que no les extraña que algunos Franciscanos hablemos español; pero creen también que solos ellos de entre los del pueblo saben expresarse en el hermoso idioma de Cervantes, aunque bastante

Templo de Salomón, leyendo la Biblia en una lengua antiquísima que muchos de ellos no conocen, hiriendo su cabeza contra las piedras del vetusto murallón, gimiendo con lágrimas en los ojos y llamando al Mesías que los libre de su ignominiosa esclavitud; recorrer sus calles y mirar de cerca sus casas llenas de inmundicia, fétidas, oscuras y tristes como la muerte; saber por experiencia los vejámenes y humillaciones sin cuento que, á todas horas y por toda suerte de gentes, deben sufrir con una resignación que sería estoicismo si no fuera impotencia (1); leer, finalmente, aquí mejor que en cualquier otro país del mundo, la historia de ese pueblo desventurado, aborrecido y proscrito mil veces, es leer, ver y contemplar el cumplimiento de uno de los castigos más tremendos que pesan sobre una

parte de la descaminada descendencia del pecador Adán.

Para ellos no se ha hecho la ley amparadora de la libertad del individuo, ni siquiera de la raza; para ellos no hay autoridad que los defienda de los insultos, atropellos y exacciones de los turcos y de algunos cristianos sin entrañas; para ellos no hay otra cosa que tristeza, odio, muerte y exterminio en todos los pueblos de la Palestina, lo propio que en Port-Said, El Cairo, Alejandría y demás ciudades del Alto y Bajo Egipto.

¡Y sin embargo, el juicio de hoy como el de hace trescientos años, el juicio del siglo de las luces como el del tiempo de Jesucristo y de los emperadores romanos, persiste en su obcecación y endurecimiento, que no tienen otra explicación que la realización exacta de

las profecías contra ese pueblo prevaricador y deicida! Y, lo que más sorprende, ese pueblo providencial y, si

deteriorado y mezclado con palabras turcas, árabes, francesas, etcétera.

En otra ocasión encontramos un niño judío, el cual preguntado de dónde era, contestó: «Yo soy español.—¿Y dónde has nacido?—Aquí en Jerusalén.—¿Y tus padres qué son?—Son españoles también.»

(1) Acompañando al Padre Presidente del Santísimo Sepulcro, salíamos una tarde por la puerta de Damasco, y vimos á algunos metros de distancia un rapazuelo turco que apedreaba desapiadadamente á un arrogante joven hebreo, quien sin contestar una sola palabra se contentaba con volver la vista atrás para huir el cuerpo á los proyectiles del chicuelo. Cuando el Padre Presidente increpó á éste por su fechoría, el pobre judío nos miraba con unos ojos de tristeza que desgarraban el corazón. Estas son las garantías de seguridad personal que llevan á todas partes los desdichados hijos de Jacob.



AFRICA ORIENTAL.—Dama abisinia. (Pág. 148)

puede decirse, misterioso, á pesar de todas las persecuciones que viene sufriendo desde Tito y Domiciano hasta nuestros días, á pesar de la esclavitud en que vive, ha visto desaparecer á sus innumerables tiranos, ha asistido al aniquilamiento, fusión y transformación de tantos pueblos, mientras que él subsiste flotando en las aguas de mil diluvios, se propaga de modo prodigioso, y conserva sus costumbres, sus tradiciones, su idioma, todo el ser físico y moral de sus antepasados. ¿Cómo podría explicarse este fenómeno sin recurrir á los vaticinios de los Profetas que ha tantos siglos escribieron la verdadera historia actual del pueblo hebreo? *Ego consumam cunctas gentes ad quas ejeci te: te vero non consumam, sed castigabo te in iudicio* (1)...

En ninguna parte del mundo, mejor que en Jerusalén, es más real y rigurosa la exactitud del anatema transcrito. Por eso dice con razón Chateaubriand: «Cuando se contempla á los judíos dispersos sobre la tierra en cumplimiento de lo que está escrito por el dedo de Dios, causa verdaderamente sorpresa; pero para sentir todos los efectos de una admiración sobrenatural, es menester verlos en Jerusalén; es preciso ver aquellos dueños legítimos de la Judea esclavos y extranjeros en su propia patria; es necesario verlos bajo el poder de todas las opresiones, aguardando un rey que les devuelva la libertad.» Nosotros los vemos aquí todos los días, y ante esta vista no se puede menos de admirar la verdad de las palabras de Chateaubriand. Y basta por ahora de judíos; quizá más adelante se me ofrezca ocasión propicia para hablar más extensamente de las arterias y vilezas de ese pueblo, que infundiría desprecio y abominación, si no fuera digno de compasión y lástima.

Otra fisonomía muy distinta presenta la Jerusalén cristiana, fraccionada en los diversos ritos, herejías y sectas de que hice mérito en mi anterior. A los que venimos de Europa, acostumbrados á ver y palpar la absoluta unidad de creencias y ceremonias de la Santa Iglesia católica romana, no puede dejar de causarnos sorpresa tristísima la confusión que aquí reina en materia de fe y de costumbres religiosas. Mientras afirman unos con Nestorio dos personas en Cristo, reducen otros con Eutiques á una sus dos naturalezas divina y humana, quitando todos á María Santísima la prerrogativa, que tanto la enaltece, de ser verdadera Madre de Dios. Es más: hay algunos de estos herejes que, si bien profesan gran veneración á la Virgen, no la dan otra importancia en la economía de la Redención que la de ser una simple *ama de cría* de Cristo nuestro Salvador (perdónese la expresión en gracia á su exactitud).

Convengamos, para no separarnos más de nuestro tema de *primeras impresiones*, en que, más que afirmaciones y creencias, tienen todos los cismáticos una profundísima ignorancia en orden á los misterios más sublimes de nuestra Sacrosanta Religión. Y aquí, como cuando hablaba de los judíos, hago punto final, sin perjuicio de ocuparme más adelante, si lo creo oportuno, de las fechorías y bajezas de estas gentes separadas, más por interés que por convicción, de la santa, católica y apostólica Iglesia romana.

(1) Jerem. XLVI, 23.

Todo lo dicho hasta aquí nos autoriza para afirmar que Jerusalén, ni estética ni sociológicamente considerada, puede ofrecer atractivo alguno para el católico convencido y fervoroso, ni menos para el mundano distraído que anda á caza de impresiones siempre agradables y siempre nuevas. Aquí todo es viejo; prescindiendo de algún adelanto en carreteras, cortas y poco cómodas, y en edificios, algunos de exterior hermoso y soberbio, si bien están en las afueras de la ciudad, aquí no encuentra el curioso *turista fin de siglo* ni teatros, ni periódicos, ni centros de distracción y pasatiempo, ni novedad alguna de aquellas que tanto cautivan la atención de los extranjeros en las grandes capitales de Europa.

Y sin embargo, pocas son las épocas del año en que no se vean aquí forasteros, particularmente de Europa y de América. ¿Qué vienen á buscar á una ciudad tantas veces destruída hasta sus cimientos, *sin que en alguna de esas destrucciones quedara de ella piedra sobre piedra*? La fe es la que nos trae aquí de regiones distantes; la fe y la piedad católica reúnen aquí á centenares y hasta millares de peregrinos de naciones, idiomas y costumbres muy distintas; la fe y la piedad hacen lo que no pueden hacer los diversos idiomas: que se entiendan todos más por los afectos del corazón que por las palabras de la lengua. Todos se postran juntos en torno del Sepulcro del Salvador; todos lloran tiernamente en el Santo Monte Calvario; todos recorren la calle de la Amargura y tantos y tantos lugares venerandos, aun los más abandonados y llenos de inmundicia; todos van á Getsemaní, y oran con Jesús atribulado y sudando sangre; todos suben al Monte Olive-te, y contemplan marcada en la piedra la señal del pie del mismo Jesús cuando subía triunfante á los cielos; todos... pero ¿á qué continuar? Es preciso venir á Jerusalén para ver y palpar los prodigios que hace la fe cristiana en corazones aún los más endurecidos.

¿Qué importa la suciedad é inmundicia que turcos y hebreos arrojan en lugares santísimos? ¿Qué importa el aspecto fúnebre y triste de la actual Jerusalén, si todos sus andurriales, todas sus piedras y hasta lo más despreciables escombros guardan algún recuerdo y nos cuenta algo interesante de nuestro Divino Redentor y su bendita Madre? Estos muladares y lugares inmundos, mirados con los ojos de la fe y estudiados como se debe estudiar la historia de nuestra Religión sacrosanta, se convierten en hermosos jardines, y llegan á hacer de un conjunto hórrido y sepulcral un verdadero paraíso.

Concluyo con unas palabras del célebre obispo francés Mons. Freppel, palabras que, si fueron escritas acerca de las peregrinaciones en general, á ninguna pueden aplicarse mejor que á la de Tierra Santa: «Allí, dice, aspira el cristiano un aire nuevo, aspira el perfume de Cristo, siente su corazón dilatarse al soplo de la gracia, se baña en la piscina santa donde su debilidad desaparece con sus pecados, y después de haber acabado ese tratamiento espiritual, vuelve curado y como rehecho, trayendo al hogar doméstico una abundancia de vida divina que no había conocido hasta entonces.»

INDOSTÁN

Excursión á las montañas

A MEDIADOS de Mayo, escribe el R. P. Martín de la Sagrada Familia al R. P. Victor, fervoroso misionero y vicario general de Quilón, salí para las montañas. ¡De qué espléndido panorama gocé en aquellos sitios! El monte Mahendraghory, ocultando su alta cima entre agradables y caprichosas nubes, con 5,700 pies de altura, y no lejos de allí la cordillera Montankonly con sus picos resplandecientes, y abajo el mar que relucía como sol entre abismos y laberintos de rocas escarpadas... límpidos torrentes, cascadas argentinas... vastas selvas y florestas, bosques de ébanos, de teks (encinas de la India), sándalos seculares y otras mil clases de árboles raros y preciosos. Bajo su follaje perfumado se veían elefantes, tigres, osos, toros silvestres, lobos y jabalíes. Y esta fauna estaba coronada por centenares de águilas, papagayos y otras aves que revoleaban por los aires. ¡Oh, cuán grande y magnífico se muestra Dios en estos lugares! ¡Qué espectáculo más bello y espléndido! Se contemplan todas estas maravillas de la naturaleza con un religioso estupor y al mismo tiempo con pesar amargo, pues todo este vasto panorama de magnificencias y maravillas está en poder del enemigo de Dios. Los vallayares, los paraveres, los sanaras, los parías y la tribu abyecta de los kaninkares, todos ellos paganos, ocupan este frondoso país y verdeantes valles... ¡Oh, Satán ha invadido estos lugares, y mientras las montañas y los bosques tributan gloria á su Criador, sólo el hombre niega á Dios su homenaje y prostituye su dignidad humana hasta la demonolatría ó culto del demonio! Miserables barracas, donde se colocan horribles é impuros ídolos, se ven esparcidas acá y allá como estigmas de infamia con pequeñas columnas manchadas con la sangre de las víctimas.

A vista de este espectáculo venía á mi memoria el recuerdo de Jesucristo llorando sobre la ingrata Jerusalén, y se me partía el corazón de dolor. Pero el mal no se remedia con estériles lamentaciones. Empecé, pues, mis trabajos apostólicos entre estos pobres descarriados. Una multitud heterogénea de castas diversas, atraída por la novedad de nuestro santo hábito del Carmen, me rodeó en pocos instantes.

Con gran sorpresa mía se avalanzó hacia mí una mujer con dos niños, y arrodillándose á mis pies me dijo:

—¡Padre, Padre, tened compasión de mí!...

Luego, sin esperar mi respuesta, volvió hácia la muchedumbre llamando con gestos á otras dos mujeres que vinieron á colocarse junto á mí en la misma actitud suplicante.

—¿Qué se ofrece? les dije.

La respuesta fué hacer la señal de la cruz.

—¡Cómo! ¿Sois cristianas?

—Sí, Padre.

Cinco años antes habían emigrado á Travancore con sus padres: de vuelta á las montañas, habían sido dadas en matrimonio á dos infieles... ¡Pobres criaturas! Es imposible describir su gozo al verme y estar de rodillas á mis pies esperando oír hablar de nuevo de

nuestra Santa Religión. Me suplicaron con muchas lágrimas que convirtiera á sus maridos, confesara á ellas y bendijera su matrimonio, bautizando á sus hijos. ¡Cuántas gracias doy á mi buen Dios por haber dirigido mis pasos hácia estos lugares abandonados y por haberme dado ocasión de volver al redil á estas pobres ovejas! Pronto se convirtieron los maridos de estas mujeres, y todo se arregló de modo que se llenó de gozo mi corazón de sacerdote.

Para abreviar este relato, os diré que he recorrido muchos pueblos, y me arriesgué muy lejos por los bosques de la parte Oeste hasta llegar á un pueblo muy cercano á Shorlacode, nuestro punto de unión como sábeis. ¡Dichoso el día en que yo pudiera llevar allí la bandera de Jesús! Parece que veo á V. R. mover la cabeza mientras brillan sus ojos con santa envidia.

—¿Cómo, diréis, llegar á Shorlacode antes que yo!

—Es posible, R. P., es muy posible, y haré todos mis esfuerzos posibles para darle esta dulce humillación... He comenzado mi apostolado y el Señor me anima con el buen éxito.

No tengo necesidad de decir, pues conocéis la naturaleza de este pueblo, que me seguían en mi excursión todos mis neófitos y muchos otros, inclinados ya para abrazar nuestra Santa Religión. Por desgracia, estábamos en viernes, 25 de Mayo, y tenía que volver á Titibiley. ¡Oh! quisiera que todos los verdaderos cristianos de Europa hubiesen estado presentes cuando me despedí de mis cristianos y nuevamente convertidos. Con actitud suplicante y los brazos extendidos me suplicaban que no les dejara. Traían todos los argumentos posibles para detenerme entre ellos. Me ponían delante, con una elocuencia conmovedora, el peligro de sus almas, el gran número de conversiones que podía hacer entre ellos. ¡Pobres y queridos cristianos! Cada una de sus palabras penetraban hasta el fondo de mi corazón. Allí he comprendido bien el sentido de estas palabras: «Los párvulos pidieron pan, y no había quien les repartiése.» Me hubiera creído dichoso en poder quedar entre estas pobres gentes; pero no hubo más remedio que consolarlos del mejor modo, prometiendo venir á verles con frecuencia; les exhorté á la perseverancia y edificar con su buen ejemplo á los paganos sus vecinos, á fin de hacerles amar nuestra Santa Religión; en fin, les dejé con pena, llevando un recuerdo indeleble.

Llegué á Titibiley á la puesta del sol; los cristianos me recibieron con dos bandas de música, con descargas de fusil, etc. Los dos días siguientes bauticé algunos catecúmenos, y tomé disposiciones para la instrucción de otros nuevos convertidos.

Un día, á las diez de la mañana, una jóven, acompañada de dos agentes de policía, se presentó en mi pobre cabaña pidiéndome ayuda y protección. Pronto supe el objeto de aquella visita extraña. Se trataba de un joven desdichado, verdadero hijo pródigo que, habiendo abandonado la casa paterna tres años había, se abandonaba á todos los vicios y llevaba una vida escandalosa. Este había robado la noche antes algunos vestidos y libros en casa de la joven, por lo que le acusó ante el comisario de policía. Pedí á los agentes que tuvieran la bondad de traerme al joven. Fueron por él,

y allí, delante de paganos, protestantes, mahometanos y cristianos, le reprendí ásperamente su conducta escandalosa: unas veces le hablaba en tono severo de juez, otras con dulzura de padre. Pudo tanto la gracia de Dios, que se consiguió salvar aquella pobre alma. Se cumplió en él lo que dice el Apóstol: «Donde abundó el delito sobreabundó la gracia.» Espantado cual otro Saulo por la voz de Jesucristo, cayó en tierra, y postrado en el suelo, entre lágrimas y sollozos empezó á implorar la misericordia divina, pidiendo á todos los circunstantes que le perdonaran sus escándalos. Noté que el pueblo estaba muy emocionado, y valiéndome de esta circunstancia favorable, les dirigí algunas palabras sobre las verdades consoladoras de nuestra Religión tocante á la reconciliación del hombre con Dios por medio de los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia.

—Jamás he oído, les dije, y desafío á todos los presentes á que me presenten un solo caso, de que un buen cristiano haya dejado su Religión á la hora de la muerte, mientras vemos todos los días á centenares de pecadores, herejes y paganos, que en aquella hora suprema llaman á toda prisa al misionero católico pidiéndole los auxilios espirituales...

Estas palabras no fueron inútiles por la misericordia de Dios. Nueve de los que estaban presentes han recibido el bautismo, y otros catecúmenos están preparándose para recibir la misma gracia. El domingo, durante la Misa, el pródigo convertido y su padre, siguiendo las instrucciones que yo de antemano les había dado, se colocaron junto al altar. Después de cantado el Evangelio, hice una señal y el hijo se postró á los piés de su padre, pidiéndole perdón con palabras conmovedoras: el padre abrazó al hijo perdido que acababa de hallarle, mezclándose las lágrimas de arrepentimiento del pródigo con las que el padre derramaba de alegría. Entonces, en medio de un silencio respetuoso, me dirigí al pueblo comentando la parábola del hijo pródigo, siendo muchos los pródigos que con el corazón compungido se acercaron al tribunal de la Penitencia.

Concluído el servicio de la iglesia encontré mi pobre cabaña atestada de muchos paganos de los principales de la casta de los paraveres, y de neófitos recientemente bautizados de la misma casta. Después de los saludos acostumbrados me dijeron que la gente de su casta quería convertirse al Catolicismo, y que deseaban poner en práctica su deseo sin dilación si yo les prometía: primero, edificar una iglesia en un punto céntrico; segundo, enviar uno ó dos catequistas que permanecieran entre ellos y los instruyeran. Levantar una iglesia en estos lugares tan apartados y tener catequistas, es una verdadera y urgente necesidad; lo comprendo desde mi llegada á esta parroquia, donde ya cuento con tantos cristianos; pero ¿dónde hallar dinero para construir una iglesia y mantener á los catequistas? Les prometí hacer todo lo posible para cumplir las dos cosas, pero les añadí:

—El primer templo que hay que levantar á Dios es el de nuestro corazón. Dios, que provee generosamente á la subsistencia de los más pequeños animalitos, no dejará sin alimento espiritual sus almas, pues nos ha dicho: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia,

y todo lo demás se os dará por añadidura.» Les dije estas cosas para inspirarles confianza y obtener su perseverancia; pero yo le suplico, querido Padre, que haga lo posible para construir esta iglesia, pues en ello está interesada la mayor gloria de Dios. Además me hacen mucha falta los catequistas, pues poco puedo hacer sin ellos; pero es necesario mantenerlos. ¡Oh, haga un llamamiento á la caridad del P..., de sus generosos bienhechores y de todos los buenos cristianos! El demonio tiene aquí centenares de pagodas, y el verdadero Dios no tiene ni un solo templo en todo lo largo de esta cordillera.

Se alarga demasiado esta carta, y así me despido de V. R., suplicándole que tenga la bondad de comunicarlo todo al P..., diciéndole que él y sus bienhechores son las primicias de las oraciones de mis neófitos, pues tengo costumbre de que inmediatamente después del Bautismo recen arrodillados el Santo Rosario por nuestros bienhechores de Europa.

ABISINIA (Africa Oriental)

La verdad sobre la expulsión de los Padres Lazaristas y de las Hermanas de la Caridad por la Autoridad italiana

A estas fechas todo el mundo tiene noticia de los desastres que en Abisinia acaban de sufrir las armas italianas, que ciertamente no combatían por la fe y la civilización. Nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer la carta que el P. Colbeaux, antiguo misionero de Abisinia, escribió desde París el 6 de Mayo de 1895. En esta carta, que acompañamos con dos grabados (V. las páginas 145 y 149), el digno superior de la Misión de Akkur hace la relación oficial de los atropellos cometidos. Recuérdese que la Santa Sede, al crear la prefectura apostólica de la colonia Eritrea para los Capuchinos italianos, conserva para los misioneros Lazaristas la administración del vicariato apostólico de Abisinia, que se compone de los cuatro reinos del Amara, del Gondar, del Choa y del Tigré.

Dice así la carta:

HA dado no poco que hablar nuestra expulsión de Abisinia. «*Verba et voces*, el viento arrastrará todo eso, decíamos: continuemos nuestro camino. Trabajamos por Dios y su Iglesia, y no por el mundo y la opinión pública.» ¿Por qué voy ahora á romper este silencio? Una voz amiga y prudente insiste, diciéndonos:

—Debéis escribir precisamente en interés de la Iglesia; la historia de la Iglesia tiene necesidad de la verdad: suministradle el documento que hará prueba contra el falso relato de los periódicos.

Voy á poner, pues, manos á la obra.

El 20 de Enero último celebramos en Keren una Misa de acción de gracias por el triunfo de las armas italianas contra una insurrección y contra un ataque de los abisinios del Tigré. Asistió toda la guarnición. Lazaristas y Capuchinos cantaron el *Te Deum*.

Al salir de la iglesia, el Superior de los Lazaristas invitó á los oficiales á entrar en la residencia, según costumbre establecida por la amable cortesía del ilustrísimo Crouzet, á quien se tributaban unánimes alabanzas. Todos, en número próximamente de cincuenta, aceptaron el convite; sirvióse el café oriental, y refiriéronse las hazañas de la expedición.

Nuestros invitados se retiraban, cuando de improviso se presentaron los guardias de orden público, que venían ¡para llevarse preso á uno de nuestros sacerdotes indígenas! Apenas hubo estrechado la mano del último oficial, me declaró el capitán Boari, representante del comandante de plaza de Keren, que tenía orden de hacer un registro en nuestras habitaciones.

Por el telégrafo supimos en breve que la misma operación se hizo á la misma hora en todas nuestras residencias de Massauah y Akrur.

De nada sirvieron nuestras protestas.

El general Barattieri lo ordenaba por sospechas de que los Lazaristas se habían mezclado en la revuelta del jefe Bahta-Agos, católico antiguo, lo mismo que su aldea Saganeiti, y muy adicto á la Misión, á las prácticas religiosas y á los misioneros.

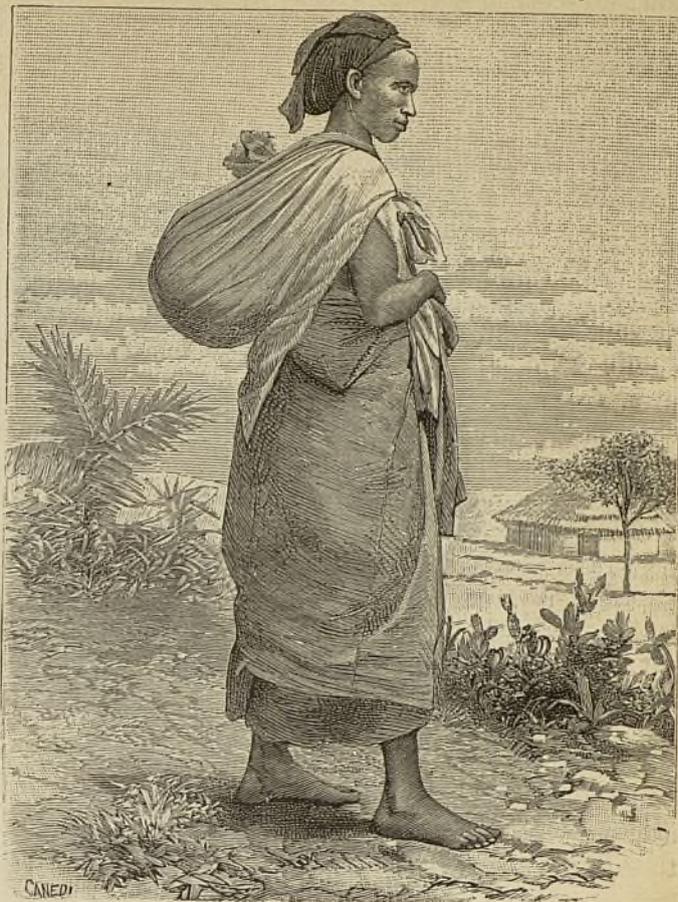
Las pesquisas demostraron que éramos inocentes de toda connivencia, sea con Bahta-Agos, sea con el Ras-Mangascia, rey del Tigré.

A pesar de una guerra de triquiñuelas suscitada contra nosotros por las vías legales y judiciales, la prudencia del Ilmo. Crouzet había mantenido constantemente las mejores relaciones entre la Misión y las Autoridades italianas. Por más que nos molestasen sin tregua ni descanso nunca encontraron contra nosotros pretexto alguno.

Ningún acto, ninguna carta, nada sirvió al general Barattieri de base para fundar su decreto de expulsión, como se desprende evidentemente por el tenor del mismo.

Mientras se llevaban á efecto las pesquisas, llegó un telegrama fechado en París el 19 de Enero. Apoderóse de él el comisario Boari, y no me lo entregó sino al cabo de dos horas por habérselo reclamado.

Dicho telegrama, que aguardábamos hacía un mes, es decir, desde la instalación de los Padres Capuchinos en nuestras residencias, era de nuestro superior gene-

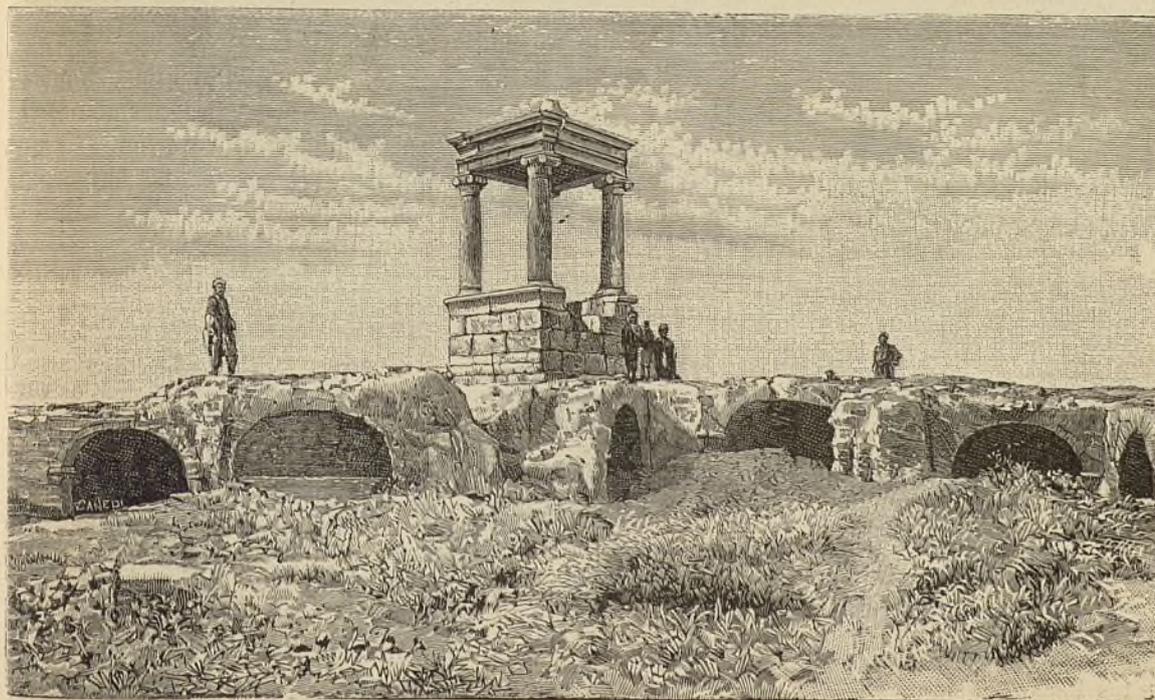


AFRICA ORIENTAL.—Aldeana abisinia. (Pág. 148)

ral, y ordenaba á todos los misioneros y á las Hermanas de la Caridad que saliesen de Eritrea.

Como todos los despachos transmitidos por el telégrafo militar de la colonia Eritrea, éste había pasado por manos del general Barattieri. Conociendo nuestra marcha en breve tiempo, le era perfectamente inútil expulsarnos por su decreto fechado el 22 de Enero.

En cumplimiento de la orden de nuestros superiores, misioneros y Hermanos activamos nuestros preparativos. El inesperado decreto no nos dió tiempo para hacerlos, pues nos obligaba á estar en Massauah para embarcarnos el 4 de Febrero, y necesitábanse más de ocho días para una caravana tan numerosa y so-



SIRIA.—Dana Norte: Sepulcros. (Pág. 154)

bre todo acompañada de los camellos necesarios para el transporte desde Keren á Massauah. No nos quedó tiempo material suficiente para reunir y embalar precipitadamente nuestros efectos.

En Keren un guardia indígena disfrazado unióse á nuestra caravana, para vigilar nuestro personal hasta Massauah.

Debo, no obstante, agradecer al Mayor comandante de la guarnición de Keren, que tuvo la benevolencia de ofrecernos una escolta de ocho soldados indígenas para nuestra seguridad en el largo viaje por el desierto.

El buque italiano para Aden debía levar el áncora á las dos de la madrugada del 4 de Febrero, y necesariamente tuvimos que embarcarnos la víspera.

Al llegar á bordo, los guardias notaron á los expulsados uno á uno como si fuésemos carneros, y la comprobación de la policía se repitió varias veces hasta la hora de marcha.

Oprimidos por el dolor de abandonar la Misión, no estábamos ciertamente para idear el medio de escaparnos.

A nuestra partida, tanto la población europea como la indígena nos dió muestras de afecto que nos hicieron más sensible la separación, después de tantos años de trabajo y celo que nos unía á los católicos, que son lo más escogido de nuestras cuatro residencias de Massauah, Keren, Akrur y Alitiena.

GOLFO DE GUINEA

Dos catecúmenos.—Ingenioso armador é intrépido marino

UN deber creo es para mí, escribe el R. P. José Surtias, misionero Hijo del Imaculado Corazón de María, el notificarle las maravillas que obra el Dios de las misericordias en sus escogidos, que los tiene así en los países civilizados como en los por civilizar, lo mismo en medio de las populosas ciudades que en los salvajes bosques del Africa. Almas privilegiadas hay que, arrojando peligros y haciendo frente á sus más encarnizados enemigos, rompen los lazos con que las tenía el demonio atadas, no haciendo caso alguno de los dicterios del mundo ni tomando consejo de quienes saben que lo darían pésimo por estar encanecidos en la maldad, despreciando los mundanales deleites y aun exponiendo sus vidas, realizan con intrepidez admirable lo que el Señor en su bondad se digna hablarles al corazón. Esto tuvo ocasión de presenciar y admirar la Misión de Elobey con motivo de los dos jóvenes que vinieron al finalizar el año á esta Misión, deseosos de conocer y abrazar la verdad que ignoraban y de seguir las enseñanzas de la Iglesia de nuestro amantísimo Jesús, única que tiene verdaderos héroes de todas edades, sexos y condiciones.

El primero, de unos trece años de edad, de sencillo corazón y natural pacífico, trabajaba en una factoría donde oyó hablar de los Padres misioneros y del fin por que nos encontramos en medio de ellos, lo cual causóle tan honda impresión, que tan pronto pudo ir á Elobey,

instaba oportuna é importunamente para ser admitido en la Misión con el mismo trato que los niños pequeños. Antes de admitirlo, para evadir compromisos, creímos conveniente preguntar á su amo si tenía dicho joven alguna obligación que hubiese de satisfacer. Averiguado que no había compromiso alguno, dijimos al ya afortunado negrito, que podía ser admitido, cuya noticia recibió con una alegría y contento sin igual.

Otro negro, de unos catorce años de edad, se veía imposibilitado de ir á la Misión, según su gran deseo, por carecer de medios para atravesar las imponentes aguas del mar. Encontrándose, pues, falto de embarcación; no pudiendo comunicar á sus paisanos el pensamiento favorito que le dominaba; ignorando, por otra parte, cuando irían los Padres á su pueblo para unirse con ellos, en medio de la multitud de pensamientos que le tenían en expectación ocurrióle una idea, que no tardó en reducir á la práctica. Como por vía de entretenimiento, comenzó á labrar un toseco leño, lo arrastró á la playa como pudo, y así que hubo hecho en él una concavidad para que flotara más y tuviera lugar donde colocarse, aunque incómodamente, á la media noche, para que los de su mismo pueblo no le persiguieran y severamente castigaran, echó la navecilla al mar, pasó á bordo, y en tan peligrosa embarcación, con una paleta de madera que le servía de remo y timón á la vez, emprendió el viaje de dos ó tres leguas, llevándose consigo cuantos bienes muebles había con sus ahorros adquirido, los que consistían en un paño equivalente á á un pañuelo, que usaba para cubrirse lo más indispensable.

Llegó el intrépido y valeroso marino sin novedad á Elobey, en donde tenemos establecida la Misión: refirió con todos sus pormenores al Padre Superior los medios de que se había valido para conseguir lo que tantos días hacía deseaba su corazón, que no era sino el de ser instruido en los misterios de nuestra Religión Santa; expúsole asimismo sus peripecias marítimas, y terminó su interesante relato diciendo:

—Ahora ya estoy contento, deseo vivir en la Misión hasta la muerte.

El buen comportamiento de este prodigioso muchacho, así como su casi constante alegría, nos dan evidentes indicios de su fidelidad á la vocación, á la que el Dios de las misericordias, para quien no hay aceptación de personas, se dignó llamarle.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

VII

Teología y religión (continuación)

PARA completar la teología jívara, dejemos hablar también á Yumala, que había estado mordándose los labios y con los puños apretados, mientras hablaba el compañero. Apenas terminó éste, él principió con encono y acritud contra mí y los cristianos: ¿qué tenían que ver Dios y los cristianos con sus usos y costumbres, para pretender reformarlas é imponerles

leyes que ni ellos ni sus mayores jamás habían conocido ni practicado?... Si los cristianos las tenían, que se sujetasen á ellas en hora buena; pero que á los jívaros, hijos de la libertad, nadie tenía derecho de imponerles la menor de las obligaciones...

—Yumala, la ley de Dios ha sido dada no sólo á los cristianos, sino también á los jívaros: mal que te pese, llegará día en que terminará la urdimbre de tu vida, y comparecerás delante de ese Dios de quien dices que nada tiene que ver contigo.

—¿Qué contradicción la tuya? si muero ¿cómo voy á comparecer delante de El?

—El cuerpo queda sin vida, cual tronco herido por el rayo, se seca, pudre y convierte en polvo; pero el alma que tienes es inmortal, y será premiada si ha sido buena, ó la llevará el *iuanchi* á las penas eternas si mala.

—El *iuanchi* no me llevará nunca porque es mi amigo.

—El *iuanchi* no es amigo de los hombres, sino enemigo; se complace en hacerles mal, y anhela conducir almas al infierno.

—Padre, no soy mujer, ni niño, ni un cobarde para atemorizarme de esa manera; soy el valiente y esclarecido capitán Yumala; desde joven he sido famoso guerrero y gran matador de enemigos. ¿Cuántos han sido pasados por la punta de mi lanza, como el ciervo por la de los robustos cazadores en las playas del Upano? ¿A cuántos ha devorado mi furor, como el fuego devora paja seca de una choza? Jamás dejaré de perseguir y acosar á mis enemigos, como león furioso, hasta acabar con ellos. Por eso he sido y seré glorioso y gran capitán. Pues bien, si el *iuanchi* quisiera llevar mi alma, tomaría la lanza y también á él le traspasaría.

—¿Cómo harías eso, cuando el *iuanchi* es inmortal como tu alma y por lo mismo inmaterial?

Yumala quedó embarazado con esto, y largo rato no supo que contestar.

Pero es notable como estas naturalezas groseras, tan pegadas á la tierra, tienen pánico formidable á la muerte; nunca hablan, ni permiten hablar acerca de ella en su presencia; no consideran la muerte como cosa natural, ni creen que Dios pueda disponer de la vida del hombre cuando quiera y como le plazca; y más bien creen al demonio como primer autor de la muerte. Un día pregunté á una jívara:

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos tuve, me contestó, lindos y hermosos como las flores de mi casa; pero una noche vino el diablo malo y mató al primero.

Los brujos son considerados en segundo lugar como autores de la muerte y demás desgracias de la familia; y les atribuyen á algunos más poder que al mismo *iuanchi*; porque éste no tiene poder de matar á los guerreros y capitanes; pues cuando mueren violentamente, se ve la mano que los hiere, y si la vida fuere arrebatada por muerte natural, creen que un brujo enemigo se la quita. Piensan que nunca han de morir, ó al menos se esfuerzan en persuadirse de esta idea absurda, porque imaginan que hasta el más leve pensamiento de la muerte ha de influir á quitarles la vida; quisieran eternizarse en la selva, y jamás separarse de sus chozas de guayacán y helecho.

Al fin Yumala, saliéndose de la tangente, contestó con la siguiente pregunta:

—¿Quién te ha dicho que yo tengo que morir?

—¿Y quién te ha dicho que no has de morir?

—Está claro, porque ¿quién va á cortar la vida de un capitán como yo, y por añadidura más brujo que ningún otro en el desierto? ¿Acaso muere la palmera si no hay el hacha que la corta? ¿No has visto que el matapalo con los años cobra mayor consistencia, mientras no lo descuaja el furor del huracán? Tengo enemigos, sí, y hay brujos que pudieran dañarme; pero á la manera que el cedro robustece las raíces á los embates del huracán, así estos enemigos sirven para aumentar mi gloria y no para quitarme la vida.

—Y si el huracán fuese tan recio que conmoviese el robusto cedro y lo echase á tierra ¿no sucumbirías?

—No, imposible, eso no lo admito.

—¿Cómo puedes sobreponerte á las disposiciones del Ser Soberano que así lo ha ordenado?

—¿Dios lo ha ordenado así?

—Sí, Yumala.

—Eso es imposible: ¡tantas veces nos has dicho que Dios es un ser lleno de bondad! Por tanto, ¿cómo puede matar á una persona? Eso es propio del *iuanchi*, que es malo, y de los brujos, enemigos nuestros; pero no de Dios, ser bondadoso por excelencia, que á nadie puede quitar la vida, así como á nadie puede castigar. Si castigara á alguien ó quitara la vida, ¿no obraría del mismo modo que el *iuanchi* y los brujos? Entonces ¿cómo sería bueno? Por esta razón, si nosotros debemos adorar á un ser superior, rendirle homenaje y obedecerle, no es á Dios, sino al *iuanchi*, porque Dios, bueno por naturaleza, no puede hacernos ningún daño, ni nosotros debemos cuidarnos de El; no así el *iuanchi*; malo por naturaleza, puede dañarnos, y para evitar eso es menester adorarle, obedecerle y tenerle propicio...

¿Habéis visto jamás filosofía ni lógica más terribles é inexorables?

En la práctica esta es la verdad: si á alguien adoran es únicamente al diablo; si en algo creen de modo determinado y positivo es en él: sólo en él tienen verdadera fe, y gran parte de sus fiestas y bacanales las celebran en honor suyo; y antes de emprender la guerra, cacerías y pescas en grande, expediciones notables ó alguna decisión importante en favor de la familia ó de la tribu, jamás lo hacen sin haber consultado con el *iuanchi*.

Para esto eligen una colina alta, pero solitaria: desde las faldas, para subir á ella, abren un notable camino en línea recta ó caracoleando, que lo floretean graciosa y elegantemente; construyen en la cima un rancho á la cabecera de un pedazo de terreno bien limpio, en forma de prolongado cuadrilátero, que les sirve de patio. Acompañan al soñador ó soñadores, como en procesión, multitud de interesados y devotos, por el camino de flores á esta colina *endiablada*, diremos, como antítesis de la *sagrada* de Macas; bailan allí, cantan, tocan los tamboriles, pífanos y flautas, y en medio del general regocijo el soñador bebe el *natema*; cuando cae narcotizado, dejándole dentro del *rancho*, la turba se retira.

BRASIL

Nuestros futuros trabajos.—Una inauguración.—Ewcelencia de este suelo

El R. P. Ramón Genover, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde San Pablo el 16 de Diciembre último:

EL venerado y laborioso Prelado de esta diócesis, que tantas esperanzas tiene fundadas en los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, lleva ya trazado el plan de nuestra futura campaña. Todavía no ha hecho la visita pastoral en esta populosa ciudad. Es su pensamiento, según tengo entendido, el que los fieles tengan ocasión de oír la divina palabra y de recibir, no sólo el sacramento de la Confirmación, que administrará, sino también los demás Sacramentos. Será muy posible que los misioneros españoles, aunque algo bisonños en el uso de la lengua brasileña, hayan de tomar parte en estas predicaciones. Pasado el tiempo cuaresmal, habremos de empezar nuestras idas y venidas, marchas y contramarchas por las poblaciones de esta vastísima diócesis. Las gentes están hambrientas de la divina palabra, según nos aseguran personas experimentadas. Nosotros estamos también deseosos de hacerles todo el bien que esté en nuestra mano. Sólo falta que el Inmaculado Corazón de María quiera obrar entre estos pueblos necesitados los prodigios de gracia y amor que está obrando en otros países. Mucho pueden ayudarnos los piadosos archicofrades del Inmaculado Corazón.

En las poblaciones que nos están asignadas se hallan diseminados más de quinientos mil italianos, además de los españoles, alemanes, etc., que allí se encuentran. Sucede con frecuencia que lo que se mira con desprecio cuando se tiene á su disposición, se desea con ardor cuando no se posee. Esto pasa á muchas de estas gentes. Cuando se hallaban en su país, viviendo á la sombra del santuario, teniendo á su disposición al ministro del Señor, apenas si se acordaban de que eran cristianos. Ahora que se ven privados de este consuelo, que han de hacer largos viajes para bautizar á sus hijos, que apenas nunca ven la sombra del sacerdote, consideran una dicha inefable poder oírle en el púlpito, y descubrirle sus llagas en el confesonario, y contemplarle en el altar. ¡Cuánto bien les pueden hacer á ellos y á todos las Misiones!

Hace próximamente un año que residen es esta capital los Padres de la Compañía de Jesús. En Itá, una de las ciudades de este Estado, tienen un floreciente colegio, en el cual llevan más de veinticinco años de permanencia; mas no tenían residencia fija en ésta hasta el año pasado, que la pusieron, instados por nuestro celosísimo Prelado. Estos Padres, pues, auxiliados por uno de los católicos más distinguidos y prácticos de esta ciudad, han restaurado con todo lujo la iglesia dedicada á San Gonzalo García, lego franciscano español que fué martirizado por los infieles. El día de la Inmaculada Concepción, patrona del Brasil, verificóse con toda solemnidad la inauguración del templo restaurado, quedando al cuidado de tan celosos Padres, con grande provecho de los fieles paulistas. Dos distingui-

dos oradores, canónigos ambos de esta Catedral, ensalzaron las glorias de nuestro Santo compatriota, y pusieron de realce el bien que aquella nueva morada del Señor podría atraer á esta ciudad, tan necesitada de templos.

Al día siguiente verificóse en Pericicaba la inauguración de la iglesia que han construido los Padres Capuchinos. Allí se dirigió nuestro Prelado diocesano con objeto de presidir la ceremonia y verificar por sí mismo la bendición. Reciban unos y otros Religiosos nuestros más cordiales parabienes, y haga el Señor que también nosotros podamos celebrar la misma inauguración en plazo no lejano.

Conforme van pasando los días de nuestra estancia en San Pablo, nos vamos convenciendo y palpando la verdad de lo que nos decían, acerca de la benignidad de este clima y de lo agradable de su temple. Nos hallamos en verano. Era natural que estando en la zona tórrida, el calor se dejase sentir con intensidad; pero nada de esto. Aunque el sol calienta durante el día, la irradiación de la noche contrarresta completamente sus efectos. En el mes que llevamos de permanencia en ésta el centígrado ha oscilado siempre entre los veinte y veinticinco grados. El día y la noche están distribuidos con mayor equidad que en España; porque ni el uno ni la otra se prolongan nunca tanto como en ésta en las diversas estaciones. Ahora que vamos á entrar en verano, y nos hallamos en consecuencia en los días más largos del año, el sol sale á las cinco y doce minutos, y se pone á las seis y cuarenta y cuatro. Al principio del invierno, esto es, á mitad de Junio, que es el tiempo en que los días son más cortos, sale el sol á las seis y cuarenta, y se pone á las cinco y veinte, de suerte que sólo hay una diferencia de hora y media aproximadamente. Todo esto da cierto atractivo á esta tierra dichosa, á lo cual, añadiendo que los alimentos y aguas son sanos, se explicará la longevidad que se observa. Pocos días hace que leí en un periódico de esta capital que en una población del Estado acababa de fallecer una señora de ciento y treinta años de edad.

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

II.—Historia de Julia Rosa

EL P. Trilles, que con una piragua vino á traernos víveres, y que al medio día se volvió á la Misión, nos dió la noticia del casamiento de dos catequistas, Feliciano Dyemba y Felipe Tipo, éste con Julia Rosa Awundja. Por el interés que encierra voy á referiros la historia de esta jovencita.

Cuando contaba solamente cuatro años, su tío materno, llamado su *mbalo*, viejo gruñón que tenía con justo título el nombre de *Pimiento* (Ntogolo), necesitaba dinero, y como en este país al *mbalo* se le reconoce mayor autoridad sobre el sobrino que al padre y la madre, resolvió casarla con Refojo, uno de sus amigos, *jovencito* de sesenta á setenta años, achacoso y

repulsivo, pero muy rico, que contaba ya con la friolera de seis mujeres. El decrepito Refojo había de ser, pues, el marido de Julia Rosa, porque daría por ella de doscientos cincuenta á trescientos francos, algunos barriles de pólvora, fusiles y telas, con más un pantalón, un sombrero, dos camisas, dos cuchillos, un cubierto, un gorro, una garrafa y otras cosillas.

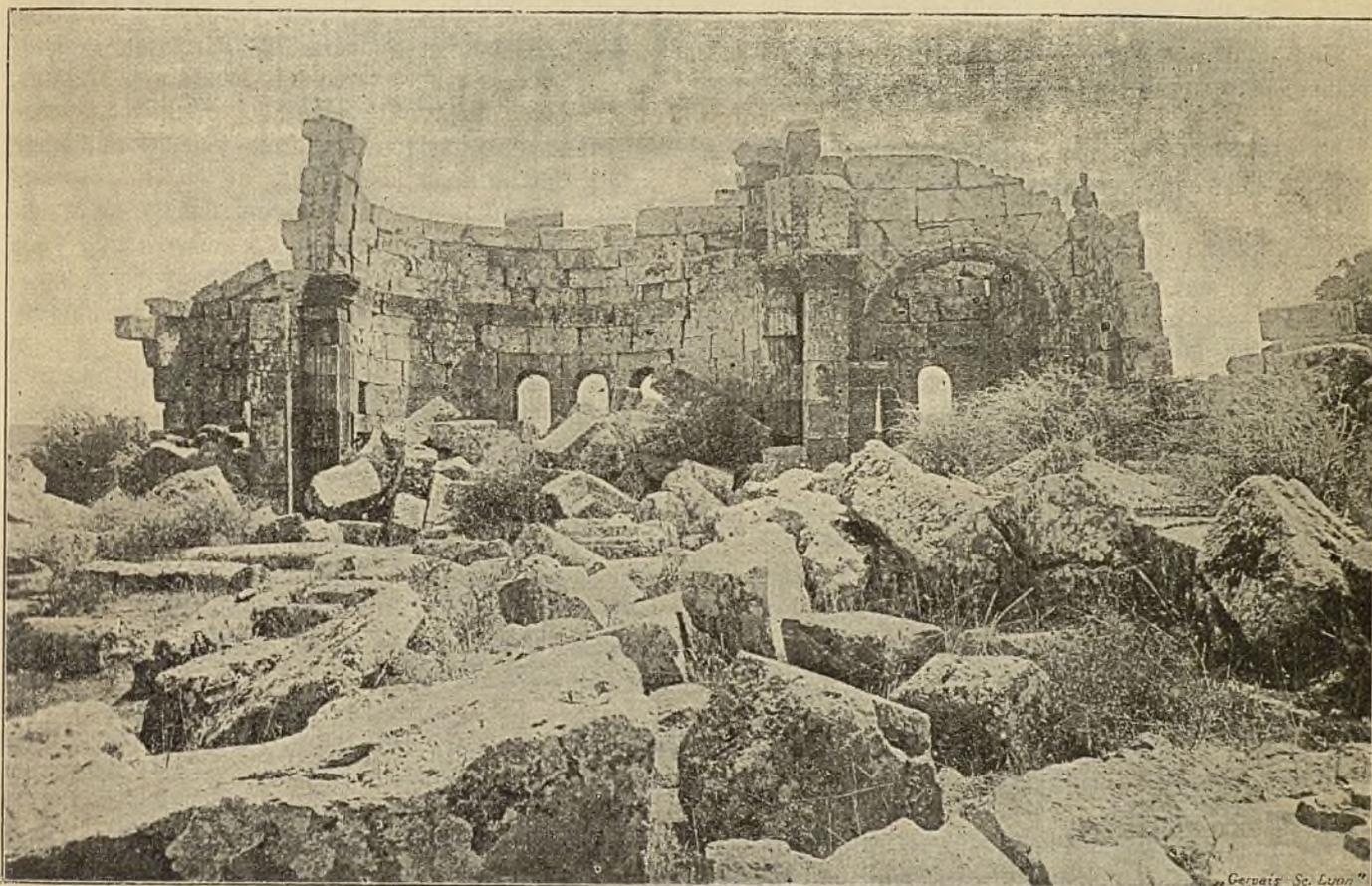
La primera vez que Julia Rosa vió á su pretendiente, quedó atemorizada, y llena de congoja rogó y suplicó á sus padres, á su tío y á todo el mundo que la volviesen á su pueblo; mas todo fué inútil, y no tuvo más remedio que quedarse.

Parte el corazón el relato de lo que padeció en la casa de Refojo. Todos los días debía lavar los pies purulentos del viejo, desengrasarle, limpiarle de pulgas,

brinos, hijos ó hermanos del difunto. Comúnmente se consulta el gusto de los interesados en esta circunstancia; mas los herederos eran muchos.

El más poderoso empezó por adjudicarse dos de las mujeres, el segundo tomó otras dos, y las dos restantes, algo marchitas, fueron entregadas al tercer heredero. Todos escogieron las que más podían servirles, y Julia Rosa, harto joven todavía, fué dejada para Zinganyé, pequeño, jorobado, piernabierto, todo esto complicado con una dejadez asquerosa y un idiotismo extremado, cualidades poco á propósito para captarse las simpatías de su futura.

Empero su repugnancia no fué tomada en consideración por los jefes, y la pequeña mártir tuvo que aceptar segunda vez el yugo, mucho más penoso aún que el



SIRIA.—Mehhes: Testero de iglesia del siglo VI. (Pág. 154)

piojos y otros insectos y enjugarle el pus de sus llagas, sin contar los numerosos viajes al campo para volver con buena carga de plátanos, guisar para el viejo y sus demás mujeres, y recibir con frecuencia bofetones é injurias de todos los de la casa si no les servía con puntualidad y rapidez.

Tres veces Julia Rosa, agobiada de golpes y ultrajes, se refugió en casa de su padre, y otras tantas su terrible *mbalo* la devolvió á su marido después de maltratarla hasta herirla. La última vez le hizo cortes en las piernas y espalda, y luego, para aumentar sus dolores, derramó zumo de pimienta en sus llagas abiertas.

Julia Rosa era ya algo crecida cuando murió Refojo, y tuvo que llorar, como así lo exige la moda, á pesar de que era grande su gozo.

Las mujeres en este país pasan en herencia á los so-

primero, hasta que á la edad de doce ó trece años logró escaparse, y halló refugio entre las Hermanas de la Misión. En dos años aprendió á leer, escribir y contar, y tanto adelantó en su instrucción religiosa, que en breve se le pudo administrar el bautismo.

Su matrimonio acaba de celebrarse en la capilla de Nuestra Señora de la Saleta, en presencia de más de doscientos cristianos. El marido, Felipe Tipo, celoso catequista, contento por haber encontrado una excelente esposa, trabaja entre los *ivilis*. Julia Rosa le ayudará, y todo hace creer que formarán una pareja feliz.

III.—Las aventuras de un esclavo

He aquí que llega Oguana-devana (la boca olvida), capitán de una piragua que ha de transportar los ma-

deros ya terminados. Inútil es preguntarle por su raza, su país, su aldea y sus padres; nada conoce de todo esto.

—¿Dónde está tu madre, Oguana-devana?

—Aquí, responde señalando la tierra.

Habla galoa como si fuese su propia lengua; los pa-huínos al oírle creen que es de los suyos; el akelé le es familiar, y más aún el ivili; los adumas, cuando bajan del Alto-Ogowé, le toman por aduma de pura sangre. Los okandes, los okotas, los ishogos, los simbas, los achangos, los pobés y los ashivas le comprenden perfectamente; también habla algo el inglés y el francés, entendiéndose muy bien lo que quiere decir cuando pide un regalo.

Oguana-devana es poliglota, y tiene aun otros títulos á nuestra consideración, pues es panadero, cocinero, y sobre todo orador.

Una botella de buen vino está poco segura en sus manos; pero ¿qué es eso en comparación de tantas cualidades?

No nació en Lambarené: procede de lejos, mas ignora de dónde, pues era muy pequeño cuando le vendió su padre.

—No tengo presente si lloré, dice, cuando me separaron de mi madre. Mis primeros recuerdos se remontan á un amo que me golpeó mucho porque imprudentemente incendié una cabaña con una antorcha. Como tales caricias no eran de mi gusto, aproveché la obscuridad de la noche para huir en compañía de otro esclavo, llevándonos un paquete de yuca, pedernales y algunas cosillas de poco valor.

Cuatro días con sus noches caminamos errantes por un desierto.

Creíamos volver á nuestra casa, mas en aquellos llanos los numerosos senderos se cruzan, y en vez de seguir el buen camino, fuimos á parar á un inmenso bosque, donde por lo menos hallamos agua y frutas. Allí nos iba muy bien: mi camarada, de mayor edad que yo, cogía nidos, y despachábamos alegremente los pequeños y los huevos, amén de las aves mayores que podíamos coger con lazo.

Un día nos internamos en el bosque, y vimos un sendero que parecía frecuentado. Lo seguimos, y pronto divisamos una villa, lo que nos llenó de júbilo. Entramos en ella, pero nadie nos entendía. Algunos hombres vestían toneletes azules, rojos y de todo color, y uno cubría su cabeza con un sombrero, lo que nos chocó mucho, á nosotros, que andábamos desnudos y no habíamos visto otras telas que las del país, tejidas con hierbas.

Como nos trataron bien, resolvimos echarnos de rodillas á los pies del jefe, le golpeamos la frente con una varilla y le rasgamos el tonelete, reconociéndole por amo y considerándonos esclavos suyos.

Permanecí en aquella población un año, y cuando me preguntaban quién era, contestaba: «Pobé,» tal era el nombre de la tribu.

Un día quisieron hacerme una ceremonia, considerada como religiosa entre ellos: limarme los dientes; pero respondí resueltamente:

—¡No; tocarme la mandíbula, eso nunca!

Queriendo castigarme, me encerraron desde luego;

pero como yo tenía ya alguna malicia, pedí á los que estaban de guardia en la puerta permiso para salir por una necesidad urgente, y me fué concedido.

Fácil me fué entonces ponerme en salvo á favor de la obscuridad de la noche; y como conocía un camino que según oía decir conduce á la tribu de los achangos, me alejé á toda prisa y enteramente solo.

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXI

De Turmanin á Qalb-Luzeh

QUEDA por explorar el macizo del Djebel-A'ala, que se extiende al Sudoeste de Turmanin, lleno de ruinas cristianas, y el viaje tocará á su término.

Un ancho y fértil valle, plantado de algodón y sésamo, conduce á Dana (Norte). Nada tenemos que admirar allí sino un lindo monumento de cuatro columnas jónicas, levantado á la entrada del pueblo sobre una serie de sepulcros subterráneos. (*V. el grabado de la página 149*). En uno de ellos hay una inscripción pagana, y en los otros no se ve ninguna señal de Cristianismo.

Sermeda, el Sarmit de los cruzados, dista una hora en el mismo valle. Como en Dana (Norte), los habitantes han hecho desaparecer la mayor parte de los antiguos edificios. Con los materiales de la iglesia y en su solar una familia musulmana se ha construído una casa.

En las alturas se levantan torres y castillos para guardar los desfiladeros. Esto hace presumir que la vía romana de Chalcis á Antioquía debía pasar cerca de Sermeda. Por lo demás, se ven vestigios de ella en la parte opuesta del valle.

Durante toda la tarde nos trajeron enfermos, y nuestra tienda semejava una clínica. Parece extraño que en una población numerosa, acomodada y de fácil acceso, no haya médico de mayor fama que nosotros.

Un padre de familia vino el día siguiente á darnos gracias por haber cortado la fiebre de un hijo suyo, y nos dió una enorme sandía á guisa de honorarios. Nos habló de hermosas ruinas de iglesias, distantes dos leguas en el fondo de un valle, en la dirección del Sudoeste, y se ofreció á acompañarnos. El nombre que les daba de Mehhes, nos era desconocido.

En el momento de partir esquivóse, y fué imposible hallar guía alguno, pues á todos les imponía el temor de hallar enemigos. Compadecimos á esas infelices gentes, á quienes odios de raza impiden pasearse por su propio país, y mediante sus indicaciones buscamos Mehhes con la brújula. Lo encontramos en un vallecito, en la dirección de Norte á Sur: no había en el campo más que una docena de agricultores, que nada tenían de terribles, ocupados en sus plantaciones de tabaco y sorgo.

Las ruinas, adosadas á los peñascos de Poniente, son de una villa rica, con vastas construcciones, dos iglesias y una capilla. La iglesia, cuyo testero reproducimos en la pág. 153, mide 18 metros de ancho por 36

de largo, y su construcción esmerada recuerda el brazo oriental del monumento de Qala'at Sem'an. Un festón en semicírculo, de muy buen efecto, domina la moldura que contornea todas las aberturas.

Otros hallarán tal vez en Mehhes inscripciones y varias cosas interesantes; mas nosotros teníamos que retroceder á toda prisa para tomar de nuevo el camino de Qalb-Luzeh, que habíamos abandonado en el fondo de un barranco, y subir las altas mesetas del Djebel-A'ala.

PARA LOS CRISTIANOS DE ARMENIA

UNA CARTA PONTIFICIA

La subscripción abierta por la *Obra de Oriente*, en favor de nuestros infelices hermanos de Armenia, ha recibido de Roma un precioso estímulo. El Padre Santo, lleno de gozo al ver el feliz éxito de esta subscripción, hizo escribir por su Secretario de Estado cuánto le complacía la solicitud con que la caridad católica vuela al socorro de aquellos pobres perseguidos.

Véase la carta de S. Ema. el cardonal Rampolla dirigida en nombre del Padre Santo:

«Al Rdo. P. Charmelant, director general de la *Obra de Oriente*.—Roma, 4 de Marzo de 1896.—Reverendo Padre: Me apresuré á poner en conocimiento del Padre Santo el preciosísimo Boletín de vuestra Obra con las noticias que me enviasteis por vuestra grata de 25 de Febrero, las que han proporcionado gran consuelo á Su Santidad, que no ha podido menos de admirar la generosidad de los católicos franceses que, después de este llamamiento, y en el breve espacio de cuarenta días, han ya subscripto la suma considerable de 82,000 francos (1) en beneficio de la nación armenia.

«Nadie ignora la parte que ha tomado y toma todavía el augusto Pontífice para mejorar la condición de aquellas poblaciones tan afligidas, ni los socorros que repetidas veces les ha enviado. Se ha dignado además darles un solemne testimonio de su interés en la alocución dirigida al Sacro Colegio con ocasión del último Consistorio.

«Por estas razones alaba á vuestra reverencia por el celo con que trabajáis con el mismo objeto.

«Aprueba también que el llamamiento que habéis dirigido á Francia se haga extensivo á las otras naciones, y confía que los fieles de esos países rivalizarán en caridad con los católicos franceses.

«Entre tanto, como testimonio de su paternal afecto, os envía de corazón la bendición apostólica, lo mismo que á todos los que se hallan al frente de una obra tan santa, y á todos los fieles que ya os han prestado ó que en lo sucesivo os prestaren su concurso.

«Recibid al propio tiempo mis felicitaciones por la abundancia con que Dios se ha dignado bendecir vuestra empresa, mientras con la consideración más afectuosa tengo el gusto de repetirme vuestro afectísimo en el Señor,—M. CARDENAL RAMPOLLA.»

(1) La subscripción pasa ahora de 140,000 francos.



CARTA PASTORAL SOBRE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

De la Pastoral expedida el 5 de Marzo último por el eminentísimo Cirico María Sancha y Hervás, cardenal arzobispo de Valencia, estableciendo en su archidiócesis la *Obra de la Propagación de la Fe*, tomamos lo siguiente:

NADIE se oculta, amados Hijos nuestros, el notorio desacuerdo en que andan las opiniones de los hombres, su sentir contradictorio, así en lo accidental como en lo fundamental, de las ciencias é instituciones sociales, y el atonismo lamentable y funesto que reina en las fuerzas vitales de cada país. Ante semejante confusión, que en su esterilidad é ineficacia lleva engarzadas todas las decadencias y desprestigios de una dislocación intelectual, sólo queda en pie el Evangelio como regla segura é invariable para el hombre, en su vida pública y privada, y sólo en sus saludables enseñanzas puede encontrarse el suave vínculo de paz y unión entre ricos y pobres, y la norma indestructible y luminosa que necesita la sociedad para afianzar su orden y equilibrio, y para determinar las mutuas relaciones que deben existir entre todos sus miembros.

Por eso la Iglesia, obra maravillosas de la Sabiduría increada, en cumplimiento de su divina misión le ha predicado en todos tiempos á los pueblos, enviando al efecto por todas partes sus ministros á ejercer el apostolado de la enseñanza de las verdades reveladas, á fin de alumbrar las inteligencias, librarlas de la superstición, y adoctrinarlas en los deberes que toda criatura racional tiene que cumplir para con Dios, para consigo misma y para con sus semejantes.

Para auxiliar de una manera permanente á los misioneros en sus trabajos apostólicos, y atender á las grandes necesidades de su penoso cargo, aprobó la Santa Sede Apostólica la *Obra de la Propagación de la Fe*, que funciona ya con resultados asombrosos en todos los pueblos del orbe católico. La han bendecido y enriquecido de abundantes privilegios é indulgencias los Romanos Pontífices desde Pío VII á Pío IX; y nuestro Santísimo Padre León XIII, sobre haber dirigido con el mismo fin, en Diciembre de 1880, una admirable Encíclica al mundo católico, y en 25 de Junio de 1883 una Carta llena de celo evagélico, á varias señoras de Madrid, ha reiterado las recomendaciones y encomios de esa Institución providencial en precioso y solemne Documento de 24 de Diciembre de 1893, encargando de una manera especial á todos los Prelados de la Iglesia que la dispensaran su apoyo y protección, é interesaran en favor de la misma la caridad de las almas confiadas á su pastoral solicitud...

El llamamiento amoroso de nuestro Santísimo Padre se endereza á extender el reino de Jesucristo sobre la tierra, á procurar la salvación de las almas y á promover el aumento de la Religión, cuya saludable influencia es hoy tan necesaria para la moralidad de las costumbres, para el afianzamiento del orden, para mante-



EL DESCENDIMIENTO

CUADRO DE RUBENS. (Pág. 162)

ner á los hombres dentro de sus deberes y para la paz y prosperidad de los pueblos. De ahí se deduce la grandísima importancia que revisten las Misiones evangélicas, no sólo para lograr que vuelvan al seno de la Iglesia las almas que tuvieron la desgracia de separarse de ella, sino también para llevar la luz de la fe á lejanas regiones en donde, á pesar de los adelantos geográficos, políticos y sociales, aun no se ha levantado el signo santísimo de la cruz, ni se ha predicado la doctrina salvadora del Evangelio.

Si trascendental es la importancia de las Misiones desde el punto de vista religioso, no es menor la que tienen desde el científico y social. El misionero, al arrodillarse delante del Vicario de Jesucristo en la tierra para recibir su bendición apostólica y partir á playas inhospitalarias, arrostrando los peligros de tribus caníbales y la ferocidad de pueblos incultos, para ejercer entre ellos su ministerio evangélico, además de su calidad de apóstol y ministro de la Religión, es también hombre de ciencia, de meditación, de austeridad y de sacrificio habitual para el rudo trabajo y penosas privaciones, y poniendo esas preciosas dotes al servicio de la civilización, desde el momento que se encuentra en países nuevos y de vida rudimentaria, cuida de escribir la geografía de los mismos, levanta planos de sus montañas y sus valles, clasifica sus productos, gradúa su clima, escribe su historia, anota lo pertinente á las costumbres, idioma y aptitud de sus habitantes, y forma estadísticas de su incipiente industria, de su agricultura y de su comercio, siendo esos trabajos tanto más meritorios y dignos de crédito, cuanto que los ejecuta, no guiado de meras referencias, ni auxiliado de los medios y comodidad de que disponen los ilustres publicistas de nuestras grandes ciudades, sino impulsado de su amor á la verdad, y como cronista desapasionado é independiente, que relata sucesos que pasan á su vista, y sobre el mismo terreno en que ejerce la acción pacífica de su apostolado.

Inspirándose esos valerosos caudillos de la fe en el alto pensamiento de salvar las almas, redimidas por la preciosa sangre de Jesucristo, privadas todavía de los frutos del sacrificio cruento de la cruz, y de informar del espíritu del Evangelio vastas regiones envueltas aun en tinieblas de ignorancia y de afrentosa superstición, salen por todas partes á llenar la misión canónica de que están investidos, surcan procelosos mares, y visitan islas y continentes sin vías de comunicación, pasando por bosques impenetrables, atravesando caudalosos ríos y pisando caminos abruptos, llenos de peligros y asechanzas, que comprometen su salud y su propia existencia.

Para labor tan penosa y tan superior á las fuerzas humanas, sólo cuentan con el breviario del rezo, que llevan en una mano, y con el signo de la cruz que ostentan sobre su pecho. A pesar de eso, sostenidos por la fe, lejos de sentir desalientos, al contrario, sírveles de consuelo inmenso el padecer por Cristo, y cada alma que convierten á la verdad es para ellos una gran conquista, que aumenta su valor y abnegación para proseguir sus trabajos apostólicos. Por esa manera tan suave como persuasiva, ensanchan el campo de la Iglesia, y llevan la vida cristiana á la Oceanía, á la China,

al Canadá, á la Polinesia y las islas y playas envueltas en las eternas brumas de remotos mares.

Esos obreros apostólicos redactan allí los *Anales de la Propagación de la Fe*, y para nuestro consuelo espiritual nos escriben también desde allí cartas edificantes, dándonos cuenta de sus empresas, de las maravillas de la divina gracia y de los progresos del Catolicismo. Cada soplo del cielo y cada ondulación del aire, deben ser reputados por nosotros como otros tantos mensajeros que nos traen sus suspiros y nos cuentan sus proezas y heroísmos. Por medio de esas páginas benditas llegan á nosotros los ecos evangélicos del Oriente, del Occidente, del Septentrión y del Mediodía, poniéndonos en comunicación con todos los pueblos, tribus y razas que habitan la superficie del globo. Esos escritos, llenos de generosos sentimientos, de pensamientos sublimes y de extraordinarios acontecimientos, ofrecen excepcional interés y suma importancia para todas las naciones y para la cultura general de la humanidad.

Se ve ahí patente un milagro de la divina gracia, que revistiendo sus llamamientos de diferentes formas, para adaptarse á los corazones, según la índole y condición de cada uno, los impulsa con insinuaciones suavemente eficaces, á dejar hábitos inveterados, ideas erróneas, prevenciones supersticiosas y costumbres inhumanas y salvajes, y á rendirse al culto del verdadero Dios, y á las saludables enseñanzas de su Santa Iglesia, arca misteriosa de salvación para todos los naufragos de la culpa. La predicación evangélica es la que ha preparado ese cambio de vida en los pueblos, que estaban privados de los beneficios de la verdad. Una religión dulce y santa, y una hermosa pureza de preceptos y creencias han reemplazado en ellos temperamentos feroces, formados en moldes seculares de una educación odiosa y cruel; virginales virtudes han brotado en campos donde antes sólo había gérmenes de degradantes vicios; en vez del grito de guerra y venganza, que resonaba en sus dominios, tremola en sus modestas cabañas el noble estandarte de paz y amor fraternal, elemento poderoso de progreso y prosperidad, y mientras que antes su derecho público era la fuerza material y el exterminio de la raza vencida, ahora se regulan por la norma de la justicia y la ley, hermanan la obediencia con el poder, respetan los pactos de carácter internacional, restablecen la unión conyugal y los vínculos de familia bajo los umbrales de una modesta capilla, y al amparo del ejemplo y escuelas de un monasterio, morada pacífica del misionero católico, desarrollan su industria y comercio, y fomentan la agricultura para su bienestar común.

Mas para que esas legiones de héroes cristianos puedan llenar su misión evangélica, es indispensable proporcionarles medios adecuados á las grandes necesidades y penosos sacrificios que exige la naturaleza de la obra gigantesca que han de llevar á cabo; y toda vez que sus esfuerzos y sus conquistas redundan en bien del Catolicismo y de la civilización universal, justo y razonable es que todo el que se precie de ser católico, de amar á Jesucristo y de interesarse por la humanidad y por el progreso social, debe sentirse obligado á

prestar su cooperación para que el Evangelio sea predicado en todos los países del mundo que aun no han sido alumbrados por su luz divina y celestial.

El misionero católico, para surcar los mares y trasladarse á lejanas playas, necesita pagar billete del barco que ha de conducirle á su destino; proveerse de modesto equipaje, libros de rezo y estudio, objetos y ornamentos del culto, y cuando con la protección del cielo ha logrado alcanzar los primeros frutos de su ministerio, y más tarde cuando ve crecer y multiplicarse esos frutos y tiene que darles organización canónica, para que formen parroquia y cumplan los deberes de la vida cristiana, le son necesarios recursos para crear escuelas, edificar templos, levantar hospicios para recoger huérfanos, hospitales para los enfermos, asilos para viudas y ancianos, y realizar otras muchas instituciones de artes, oficios y de carácter agrícola en provecho de pueblos atrasados en el orden del trabajo y de la producción.

El misionero, por otra parte, no es inmortal. Su vida de ordinario es corta; y su salud y sus fuerzas se quebrantan en plazo no largo, á causa de las privaciones y del rudo trabajo que se impone para cumplir los deberes de su apostolado. Muchas veces la dura prueba del martirio y la tenacidad de la persecución, ponen fin á su existencia, cuando ésta ejerce con laudable celo las energías de su juventud en países donde las leyes, las costumbres, los prejuicios y su modo de ser le son hostiles. Necesita, por tanto, abrir seminarios en que se formen y eduquen los novicios que han de sucederle en la predicación evangélica, y de maestros que les den enseñanza adecuada á la altísima misión que han de llenar. Para todas esas necesidades se requieren cuantiosos recursos que el misionero no tiene, y han de serle enviados por la acción de la caridad cristiana, y por la generosidad y desprendimiento de los que están interesados por la salvación de las almas y por la dilatación del reinado de Jesucristo en la tierra.

Con el fin de lograr un sistema permanente de recursos, y cubrir con ellos el presupuesto de gastos, que son necesarios para mantener en campaña los apóstoles, que con incomparable heroísmo luchan por la causa de la Religión en lejanos países contra los enemigos de Cristo, y contra la obstinada resistencia que la idolatría, el Paganismo y la herejía oponen á la civilización cristiana, se instituyó con la aprobación y bendiciones de la Iglesia la *Obra de la Propagación de la Fe*. La cooperación que ésta reclama de los fieles es bien insignificante y está al alcance de todas las fortunas, por pequeñas que éstas sean. Consiste en una limosna de cinco céntimos cada semana, y aun cuando con ese óbolo, por sí solo, ningún resultado de importancia podría alcanzarse, sin embargo, unido á otros de la misma naturaleza, vienen á constituir todos juntos un tesoro inmenso de auxilios, que revisten la majestad y el poder imponente de los grandes golfos, de donde sale evaporación abundante, que, convertida en benéfica lluvia, cae después sobre todas las islas y continentes, derramando sobre ellos la vida sobrenatural del Catolicismo, anunciado por nuestras legiones evangélicas.

LOS COOPERADORES SALESIANOS Y LA OBRA DE D. BOSCO

GRANDE y hermosa es la tarea que voluntariamente se han impuesto los cooperadores salesianos en nuestros desdichados tiempos, de prestar eficaz auxilio á una Sociedad benemérita que tanto trabaja por la gloria de Dios y el bien del prójimo. El superior de la misma, Rmo. D. Rúa, en carta dirigida en Enero último á los expresados cooperadores, les decía:

«Al inscribiros en la Pía Asociación de los cooperadores Salesianos adoptasteis nuestras obras, que por lo mismo son también vuestras; y si los hijos de don Bosco han podido dar vida á sus Institutos y Misiones, y si en adelante pueden desarrollar éstas y aquéllas, débese á vuestra generosidad y á vuestros auxilios. Y á la verdad, todo cuanto los Salesianos han hecho y continúan haciendo para la conversión de los salvajes y la regeneración de la sociedad, es debido á los cooperadores, que con sus continuos subsidios preparan y facilitan el camino que los Salesianos recorren á pasos agigantados, y con su proverbial desprendimiento los estimulan á emprender nuevas y difíciles empresas, y á dilatar cada día más y más su ya extenso campo de acción.

«¿Qué fuera de las Obras Salesianas, prosigue don Rúa, si por su desgracia les viniera á faltar vuestra cooperación?»

La Divina Providencia, que inspiró á D. Bosco la Congregación Salesiana, no permitirá ciertamente que le falten los medios materiales necesarios para desempeñar su misión; podrán estos es verdad escasear, como sucede al presente, pero no faltar en absoluto.

Esta necesidad y escasez, si bien se ha dejado sentir otras muchas veces, nunca como al partir los últimos misioneros y como continúa sintiéndose.

Esto hace decir al Rmo. D. Rúa:

«Vuestra bondad para con nosotros, que os hace considerar como propias nuestras penas, me anima á manifestaros otra de las espinas que nos afligen, cual es una notable disminución de socorros materiales. No es mi ánimo indagar cual sea la causa de esto, pues me basta hacer constar el doloroso hecho de que durante el año de 1895 han disminuido sensiblemente las limosnas, por lo que sólo con gran trabajo y esfuerzo se ha podido atender á las principales obras, cuyo único apoyo es la caridad de sus bienhechores.»

«Si, pues, entre los beneméritos coopeadores ó celosas coopeadoras, dice más abajo, se encontraran quienes durante el 1895 no hubieren mandado oferta alguna, les suplico no demoren por más tiempo el cumplimiento de su caridad, de la que tan urgente necesidad sentimos.»

Sin duda alguna que los beneméritos cooperadores habrán ya de sobra comprendido cual es el fin y á donde se endereza este artículo; á excitar su caridad, á mover su noble y generoso corazón en favor de tantos niños que han encontrado ya un asilo seguro y un retirado albergue en las casas salesianas, y que en muchas partes se ven sujetos á grandes privaciones, y en otras les amenaza el gravísimo peligro de verse de nuevo



GABÓN.—Aldea pahuína de Anngol, en el Alto Ogowé. (Pág. 152)

arrojados en medio del mar tempestuoso del mundo, por no poder ir adelante y deberse cerrar el colegio que les cobijaba y templaba su alma al calor del divino tabernáculo, para hacerla fuerte é inquebrantable en las luchas de la vida. Mas no sólo en favor de éstos, sino también y más principalmente en favor de los que esperan, ¡y son tantos! un puesto en las casas salesianas y que ellas con gran dolor y sentimiento no pueden darles, porque la falta de recursos necesarios las impiden ensancharse para proporcionarles el puesto deseado, y del que, en verdad, mucho necesitan.

Ante esta urgente necesidad que bien sensible y patente está á la vista de cuantos de cerca conocen las casas salesianas; ante este apremiante llamamiento, no habrá cooperador salesiano, pobre ó rico, que según la posibilidad de su estado deje de depositar su óbolo por pequeño y modesto que sea, y que no se prive de algo que en sus gastos encontrará superfluo, para acudir en socorro de los miles y miles de niños desvalidos, que á ellos deberán la educación recibida y la posición que mereced á ella se habrán podido proporcionar con una vida honrada y enteramente cristiana.

Todos los cooperadores desean se les proporcionen ocasiones de ejercer su caridad en favor de los pobres niños, porque muchos habrán experimentado y podrían repetir lo que un cooperador insigne decía en cierta ocasión á D. Bosco: «Cuando hago caridad á sus pobres, no me dé V. las gracias; antes bien yo debo dárselas á V. que me la pide. Desde que he comenzado á socorrer á sus huérfanos, mis posesiones se han duplicado...» ó lo

que igualmente le decía el comendador Cotta: «Cuanto más dinero invierto en sus obras, tanto más prosperan mis negocios.» Mas ¿en qué forma, en qué géneros debemos hacer nuestras limosnas y de qué medios nos hemos de valer para hacerlas llegar á su destino?

A estas preguntas que muchas veces se suelen hacer al R. Sr. D. Rúa, responderemos: La más importante y principal limosna es la que se hace en dinero, el cual puede mandarse al venerado Superior por medio de cartas certificadas, de libranzas y de letras sobre los Bancos de París ó Londres cuando las cantidades sean de alguna consideración: esto no obstante, puede también hacerse limosna en comestibles, ropa interior ó exterior, materiales de los talleres, etc., etc. La caridad es ingeniosa, y ella seguramente hará encontrar abundantes medios y objetos con que remediar las necesidades de los niños asilados en las casas salesianas, ó las de los pobres salvajes de sus Misiones. Pondremos término á estas líneas transcribiendo las consoladoras frases que el Emmo. cardenal Mauri, arzobispo de Ferrara, pronunció en una de las solemnes sesiones del Congreso salesiano: «Gran cosa es ante Dios, oh señores, esta cooperación. Mientras que el cooperador atiende á los cuidados de su casa, se dedica á sus negocios y hasta á sus mismos pasatiempos, moralmente y en cuanto al mérito, trabaja también en la persona del salesiano. Con él evangeliza á los salvajes, asiste á los leprosos y protege á nuestros emigrantes. Con él predica, confiesa, catequiza y es educador y profesor en los liceos, en los colegios, en los asilos y en

las escuelas nocturnas. Con él funda Oratorios festivos, abre escuelas de artes y oficios, presta gratuito asilo á los hijos del pobre obrero y les encamina por la vía de la virtud y del trabajo. Con él publicando lecturas católicas, lecturas populares, lecturas amenas y educativas para la juventud, y fundando bibliotecas circulantes para el pueblo, trabaja por la restauración cristiana en la mente y en el carazón de las nuevas generaciones. No nos detenga la idea de que no podemos hacer gran cosa, ya que las obras grandes ordinariamente se sostienen con pobres y humildes ofrendas.»

APUNTES HISTÓRICOS DE MÉJICO

— 23 —

SEGÚN las historias y antiguas tradiciones de los mejicanos, escribe el R. P. Clemente Miró, misionero Hijo del Corazón de María, no fueron éstos, ni alguna de las siete tribus venidas del Norte, los primitivos habitantes de estos países, sino los *chichimecas*, que quiere decir gente cazadora, porque habitaban en los riscos y en los más ásperos lugares de los montes, donde vivían bestialmente, sin ninguna policía y enteramente desnudos. Pasaban toda la vida en cazar venados, liebres, conejos, comadrejas, topos, gatos monteses, pájaros, culebras, lagartijas, ratones y gusanos, con lo cual y con hierbas y raíces se sustentaban. Eran muy diestros en la caza y al propio tiempo tan codiciosos de ella, que á trueque de matar alguna culebra ó cualquier otra sabandija, pasaban todo el día en cucullas, hechos un ovillo tras una mata acechando la presa, sin cuidar de sembrar, ni cultivar, ni coger. Dormían en las cuevas de los montes y entre los matorrales.

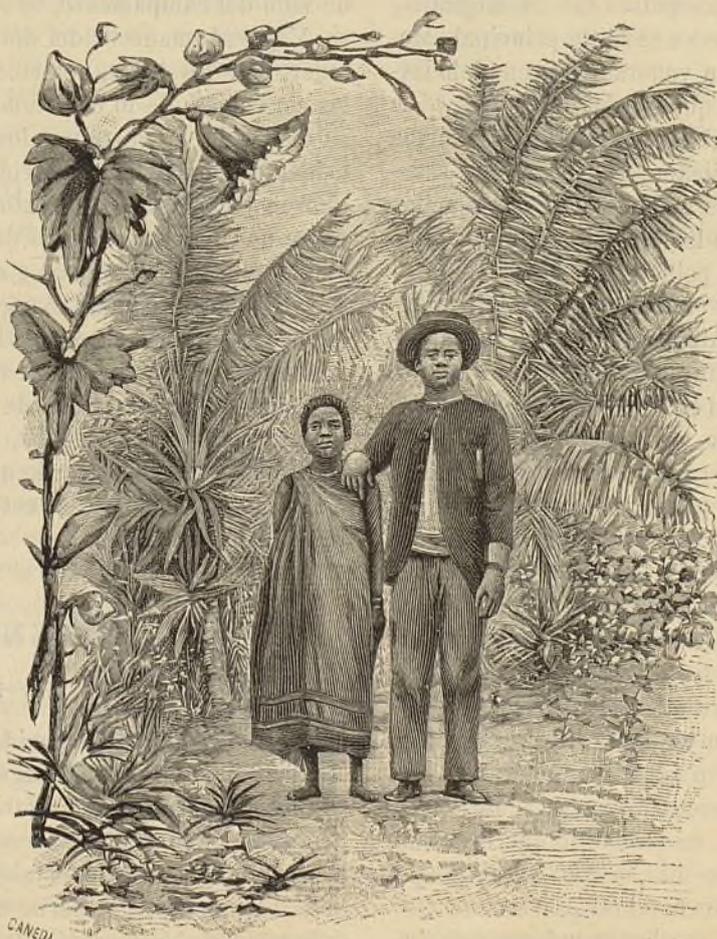
Las mujeres se ocupaban con sus maridos en los mismos ejercicios de la caza, dejando entre tanto á sus hijuelos colgados de la rama de algún árbol, metidos en una cestilla de juncos y bien hartos de leche, hasta que regresaban sus madres de la caza. Eran relativamente muy pocos, y vivían tan apartadas unas familias de otras, que no tenían entre sí trato ni conversación alguna, ni siquiera se conocían, ni tenían jefes, y según dicen, ni dioses ni ritos de ningún género; sólo pasaban el tiempo cazando, sin otra consideración alguna.

Asimismo se ignora de qué parte del mundo

vinieron y por cuántos años ó siglos fueron los únicos moradores de estos países; pero por los fósiles y esqueletos enteros que se han encontrado en las cavernas, se ve que eran hombres de estatura gigantesca, muy parecidos en todo á los esqueletos que vi de los guanches, antiguos moradores de las islas Canarias, y quizá separados allá en la antigüedad por aquel cataclismo que el laureado poeta de Vich, R. D. Jacinto Verdaguer, tomó por fundamento de su inmortal poema *La Atlántida*. Como los chichimecas eran relativamente pocos y vivían en las grietas y cuevas de las montañas, estaban todos los llanos y mejores sitios desocupados, posesionándose más tarde de ellos las siete tribus de los *nahuatlaca*, que quiere decir gente que se explica y habla claro, entre las cuales van comprendidos los mejicanos.

Estas siete tribus vinieron del Norte, saliendo, después de haber poblado aquella comarca, de la provincia que hoy se llama Nueva Méjico, contigua á la Alta California, y en la actualidad perteneciente á la República de los Estados Unidos; lo cual, á pesar de lo que conjeturan algunos historiadores, es para mí una prueba evidente de que las Américas, tal como las hallaron pobladas los españoles, lo fueron de Norte á Sur hasta al estrecho de Magallanes, y que los primitivos caudillos de esa población tan extensa vinieron de la parte de Asia por el mar de Bering. Fúndome además en la semejanza de tipo que hay entre los japoneses y los pobladores de las dos Américas, lo propio que en sus antiguos artefactos, y asimismo en la uniformidad de tipo, costumbres, alimentación, vestidos, etc., etc., que se observa entre los habitantes de este gran continente.

Dichas siete tribus no vinieron juntas, sino una después de otra, poblando y haciendo largas estaciones en distintos lugares del tránsito. La primera que salió de Aztlán, que quiere decir *lugar de garzas*, hoy Nueva Méjico, allá por los años 820 de la Era cristiana, fué la tribu de los *xuchimilcas*, que quiere decir gente de las sementeras de flores, arribando al inmenso llano de Méjico ochenta años más tarde, esto es, el 902, tomando posesión al Mediodía de la gran laguna, dando el nombre de Xuchimilco á la capital de su provincia, cuyo pueblo todavía existe. Siguió después la tribu de los *chalcas*, que significa gente de las bocas. Estos se juntaron con los *xuchimilcas*, formando sociedad con ellos; pero



GABÓN.—Julia Rosa y Felipe Tipo. (Pág. 152)

después vinieron á constituir también provincia á parte, dando á su capital el nombre de *Chalco*, que también se conserva. Luego aportó la tribu de los *sepanecas*, que quiere decir *gente del puente ó pasadizo de piedra*, y asentaron sus reales al Norte de la laguna, formando el reino de *Azcaputzatco*, que llegó á ser uno de los más florecientes de esta tierra. La población de *Azcaputzatco*, que significa *hormiguero*, por la mucha gente que se aglomeró en ella, existe también y en estado muy floreciente, y es una de las principales de toda esta comarca.

En cuarto lugar siguió la tribu de los *culhuas*, ó gente de la tortura ó corva, porque en *Aztlán*, de donde vinieron, hay un cerro con la punta encorvada. Estos tomaron posesión al Oriente de la laguna, y se multiplicaron tanto, que acabaron de cercarla por completo. Al principio fundaron la población de *Culhuacán*, que todavía se conserva; después constituyeron un gran reino, llamando á su capital *Texcuco*, hoy día *Texcoco*, por la abundancia de hierba que hay, llamada *texculli*. Cercada ya la laguna llegó la quinta tribu, llamada de los *tlalhuicas*, que quiere decir *gente de hacia tierra*. Estos, hallando ya toda la llanura ocupada hasta las serranías, cruzáronlas por la parte del Mediodía y acamparon en tierra caliente, fundando la provincia *Tlalhuia*, que hoy se llama el Marquesado. La sexta tribu fué la de los *tlaxcaltecas*, ó *gente del pan*, los cuales asimismo pasaron la sierra por la parte del Oriente, y hallando en su falda amenos países enteramente desocupados, fundaron la provincia de *Tlaxcala*, cuyos habitantes tanto ayudaron á Hernán Cortés en la conquista de Méjico. Finalmente, la séptima y última tribu que vino del Norte á estos países fué la mejicana, llamada así por el nombre de su caudillo principal, Mexi. Dicha tribu tenía en gran veneración á un ídolo llamado *Huitzilopochtli*, que quiere decir *sinistra de un pájaro*, y fué el principal que halló Hernán Cortés al entrar en esta capital mejicana. Dicen que por revelación de su ídolo fueron los últimos en dejar aquellas cuevas, prometiéndoles que les haría dueños de todas las provincias que hubiesen poblado las otras seis naciones, tierra abundante en oro, plata, piedras preciosas, plumas y plantas riquísimas. Salieron, pues, los mejicanos, siendo su viaje muy parecido al de los hijos de Jacob cuando salieron del cautiverio de Egipto; mas con la esencial diferencia que, así como á éstos les guiaba el verdadero Dios de Israel, á aquéllos les guiaba el espíritu de las tinieblas, que, como se dice vulgarmente, es la mona de Dios, queriendo que se tributen á él los honores sólo debidos á la Divinidad.

Llevaban consigo á su ídolo metido en una arca de juncos y en hombros de cuatro ayos ó sacerdotes principales, á quienes inspiraba leyes, enseñaba ritos, ceremonias y sacrificios los más abominables, crueles y sanguinarios. Cuando se fijaban en algún lugar, lo primero que hacían era levantar un tabernáculo para su ídolo *Huitzilopochtli*, y no proseguían su viaje sin expresa orden del mismo, que, si es verdad lo que las historias cuentan, parece que no ha habido demonio que tanto haya conversado con los hombres.

Muchas y prolongadas fueron las mansiones que durante los largos años de su peregrinación hicieron, ocu-

pándose en ellas en cultivar la tierra y poblar el país por donde pasaban, que éste era su principal intento; pero las dos más notables fueron la que hicieron en la provincia de Michuacán, que quiere decir *tierra de los que poseen el pescado*, por lo muy abundante y exquisito que se cría en aquellas inmensas lagunas, sobre todo en la pintoresca de la ciudad de Pauzcaro. La otra más prolongada mansión fué la que hicieron en *Tula*, que en lengua mejicana significa *lugar de la juncia ó espadaña*, por la mucha que se cría en las orillas del río que por allí pasa.

Al llegar á *Tula*, como que la gente ó tribu estaba muy reducida á consecuencia de las divisiones que habían hecho para poblar los caminos del tránsito, resolvieron permanecer allí por muchos años á fin de rehacerse, acampando en un cerro junto al río llamado *Cohuatepec*, que quiere decir: *Cerro de las culebras*, por las muchas que en él se hallaron. Levantado el tabernáculo para su ídolo, dicen que éste les ordenó regresar al río, cuyas aguas se extendieron por una vasta llanura, convirtiéndola en laguna bellísima, que luego quedó poblada de pescado en abundancia y de aves marinas, como patos, garzas, gallaretas, criándose además muchos carrizales y flores marinas, donde acudían multitud de aves, en particular tordos, unos colorados y otros amarillos.

Hallándose muy contentos en dicho lugar los mejicanos, algunos de ellos empezaron á decir que habían de quedarse allí para siempre, de lo que se enojó tanto su ídolo que les aseguró por medio de los sacerdotes que antes de la mañana siguiente habría tomado venganza de los autores. Cuentan que á media noche, y á un lado del campamento, se oyó un ruido muy espantoso. Y que al amanecer del día siguiente encontraron allí muertos á los tales, abiertos los pechos y arrancados los corazones, de lo cual tomaron pie para decir que á su dios sólo le gustaban los corazones, y este fué el origen de los bárbaros sacrificios que en adelante practicaron y consistían en extender á la víctima humana sobre una piedra en figura de pirámide, abrirle el pecho, arrancarle el corazón y ofrecerlo á su dios *Huitzilopochtli* aun palpitante; sacrificios que duraron hasta la conquista de Méjico por los españoles. En vista de aquel castigo, y por orden de su ídolo, levantaron el campamento el año 1168 de la Era cristiana, y dirigiéndose al valle de Méjico, llegaron á este lugar trescientos dos años más tarde que los de la primera tribu, ó sea de los xuchimilcas, esto es, el año 1204 de Jesucristo.

EL DESCENDIMIENTO

IGNÓRANSE las particularidades de esta piadosa operación, pues los Evangelios se ciñen á decir que José y Nicodemus quitaron de la cruz el cuerpo del Salvador. Bien pudo llevarse esto á cabo levantando la cruz del hoyo en que estaba encajada, é inclinándola poco á poco hasta ponerla en el suelo, para el fin de desenclavar al Señor más fácilmente y sin necesidad de manosearlo ni exponerse al peligro de que se les cayese

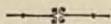
ó viniese encima, y esta era, en verdad, la forma más usual de ejecutar esta clase de operaciones. Mas es posible también que la ejecutasen de otra manera, es á saber, perseverando la cruz enhiesta y llegándose unos con escaleras á los brazos para desclavarlos, mientras que otros sostenían el tronco del cuerpo de Jesús hasta que, desclavados los pies, pudiese ser descendido á la tierra el peso sagrado.

De cualquier modo que lo ejecutasen, es probable que ayudasen á José y á Nicodemus en esta faena el centurión y los soldados que habían crucificado á Jesús y custodiado su cadáver, y aún los amigos y allegados del Señor que estaban en el Calvario, entre los cuales no faltarían los buenos discípulos de Jesús, ni menos la Santa Madre de Este, ni ninguna de las piadosas mujeres que le habían acompañado en su dolor y sido testigos de la crucifixión y de las agonías de su muerte.

Es ocioso referir ni ponderar los sentimientos de respeto, de devoción, de piedad entrañable en que estaba penetrada aquella santa compañía, ni el dolor que angustiaría sus pechos, ni las lágrimas que brotarían de los ojos, ni los suspiros que se escaparían de los pechos enternecidos al bajar de la cruz el cadáver del Santo Maestro.

Pero ¿cómo es posible no detener el pensamiento en la dulce Madre de Jesús, que, aunque atravesada del más agudo dolor, no se separa un momento del cuerpo sagrado de su Hijo, que corre ansiosa á abrazarle, que le recibe en sus brazos y le aprieta fuertemente contra su seno, y juntando rostro con rostro, imprime en él ósculos entrañables en que derrama toda la ternura del pecho maternal? ¿Qué ojos no se humedecen con las lágrimas al ver las que sosegadamente corren por el rostro de María? ¿Quién no se pasma y enmudece de dolor al considerar el acerbísimo que quebranta su sagrado corazón?—P. M. M.

FRAY BENITO VILLACAÑAS



Los nombres de los grandes héroes de la conquista de América han eclipsado los nombres de los modestos colonos que en mayor ó menor escala, pero siempre en empresas meritorias, contribuyeron á la magna obra de establecer en estos países la civilización cristiana. La gloria de Cortés y de Pizarro, de Alvarado y de Almagro se sobrepone á la gloria de los misioneros del Nuevo Mundo; y mientras aquellos guerreros tienen monumentos á su memoria y hallan cantores para sus proezas, los humildes discípulos de Cristo, que consolidaron con la predicación evangélica la magna empresa comenzada con las armas, yacen olvidados de las actuales generaciones, y no encuentran quien relate sus modestas, pero provechosas ocupaciones.

A esta clase de oscuros civilizadores, de abnegados apóstoles de Jesucristo, de laboriosos y santos misioneros pertenece Fr. Benito Villacañas, humilde dominico cuyo nombre nadie conoce, pero que, sin embargo, prestó importantes servicios á Guatemala, cuando los españoles trabajaban en establecer en estas tierras la Religión del Calvario y la civilización de la vieja Europa.

Fray Benito Villacañas era natural de España, profesó en Méjico el 20 de Abril de 1573, y vino después á Guatemala, en donde pasó el resto de su vida entregado á pacíficas, útiles y meritorias labores. Murió en la Antigua en 1609, y fué no sólo hombre práctico y emprendedor, sino también sabio y escritor.

Nombrado cura de algunos pueblos de Verapaz, encontró los templos destruidos, el culto decaído y la Religión abatida. Dedicóse en vista de tan lamentable situación á remediar esos males, y bien pronto reparó los templos, los dotó de vasos y ornamentos sagrados, mejoró el culto, reglamentó el uso de la música en las festividades religiosas, adoctrinó á los indios y mejoró los pueblos.

Poco tiempo después se le nombró cura de Sacapulas, pueblo de la antigua provincia de Totonicapán, en el que desplegó con más ahinco sus dotes de civilizador de las gentes. Viendo que el río Sacapulas impedía, sobre todo en invierno, las comunicaciones y el comercio entre los vecinos de aquellas comarcas, causándoles demoras y perjuicios considerables, determinó construir un puente sobre el río, para lo cual él mismo trazó los planes, buscó materiales y dirigió la obra hasta su conclusión. Una furiosa y extraordinaria corriente del río destruyó al poco tiempo el hermoso puente, y entonces Fr. Benito decidió construir otro, mayor que el primero, con cuyo objeto se constituyó en el lugar de los trabajos hasta su completa terminación. El historiador Remesal, de quien tomamos estos datos, dice que durante la construcción del puente vivió Fr. Benito en despoblado en una pobre chozuela; y nosotros agregamos, por datos últimamente adquiridos, que el puente que entonces levantó el discípulo de Santo Domingo es el mismo que hoy existe sobre el río Sacapulas.

Pero la obra más importante de Villacañas durante su curato en Sacapulas, fué la introducción del trigo en Totonicapán y en todos los departamentos que hoy llamamos de «Los Altos» ó del Occidente de la República. Viendo que los indios se alimentaban de sólo *chile, frijoles y tortillas*, determinó mejorar su alimentación y crear un nuevo ramo de riqueza y agricultura, para lo que él mismo sembró y cultivó las primeras semillas de trigo que hubo en aquella feraz región de Guatemala. El éxito coronó sus esfuerzos, y bien pronto las siembras de trigo, propagándose y extendiéndose por aquellas comarcas, rindieron sabrosos frutos y múltiples beneficios. Hoy esos trabajos parecen sencillos é insignificantes; pero en aquellos días en que los emprendieron los misioneros españoles, cuando había que bregar contra los hombres y la naturaleza, cuando era forzoso comenzar por desbrozar el terreno, hacer estudios especiales, vencer los obstáculos del suelo y del indio, tales trabajos agrícolas revestían indisputable importancia. Nos deslumbran las hazañas de los guerreros, pero no son menos hermosas las pacíficas labores de los obreros de las artes y del trabajo, y tanto como ganar una batalla y tomar una plaza fuerte, vale fundar una nueva industria, sembrar una planta útil, ó introducir un nuevo cultivo.

Nosotros desconocemos el nombre de Fr. Benito Villacañas; pero su gloria, no menos positiva porque sea

humilde, la pregonan esas hermosas espigas de dorados granos que cubren los fértiles campos del Occidente de Guatemala.

Pero nuestro dominico fué además escritor. No sólo civilizó á los pueblos que se le encargaban, con obras materiales, sino también con obras intelectuales. Perito en las lenguas indígenas, escribió un *Arte para aprender la lengua kachiquel*, y un *Diccionario* de ella; y aficionado, por otra parte, á la literatura sagrada, redactó las obras siguientes: *Catecismo cristiano*; *Sermones de Santos*; *Milagros de la Virgen*; *Vida de Santa Catalina de Sena* y *Vida de la venerable Francisca de Santo Domingo, fundadora del colegio de Indias (Beatas Indias) de Guatemala*.

Como se ve, la historia y la apologética, la gramá-

brasas: sus restos son inmensos, y tan numerosas las pirámides sobre las que se elevaban los palacios, que se ha designado con el nombre de Cordillera el sitio que ocupaban. Se ha dicho que hay hasta un millar de todas dimensiones y alturas, que se extienden en dirección Nordeste, á partir de Comalcalco, empezando por la laguna hacia el Bellote y prolongándose hacia el mar, en una línea de veinte kilómetros.

Las ruínas están á tres kilómetros al Este, en la margen izquierda del río: se han descubierto restos de puentes en los riachuelos, y pueden observarse unos fragmentos de camino indio. Allí se encuentra uno delante de una verdadera montaña cubierta de vegetación exuberante, en la que no puede penetrarse sino hacha en mano. Hay ruínas gigantescas; una pirámide tiene



GABÓN.—A orillas del Ogowé. (Pág. 152)

tica y la teología tuvieron en el citado Religioso de Santo Domingo un aprovechado cultivador.

Bien merece, por consiguiente, que se consagre un recuerdo á quien civilizó á los indios y á Guatemala.

(La Fe de Guatemala).

LAS RUÍNAS DE COMALCALCO

EN esta carta, escribe el ilustrado sacerdote reverendo D. José M. Vilaseca, el 22 de Diciembre último, al R. D. José Troncoso, Pbro., voy á decirle algunas cosas muy importantes, sobre las ruínas de Comalcalco, acerca de las que se cuentan cosas asom-

doscientos ochenta y cinco metros de base, por treinta y cinco de altura, es oblonga, rematada en una vasta meseta en la cual se elevaban los palacios de los indios, y está hecha de ladrillos cocidos y tierra. ¡Qué sería ver millares de pirámides compuestas de los mismos materiales! ¡Qué trabajo tan increíble costó su construcción! ¡Tan lejos está Tabasco de ser un Estado inculto!

Aparte de estas masas derrumbadas, atraen las miradas una torre cuadrada coronada de árboles: muy cerca de ella, hay otros escombros, y más al Sur, una parte del gran palacio que ocupaba la explanada, del cual queda muy poca cosa; un fragmento de unos quince metros, compuesto de dos grandes salas paralelas, se encuentra toda la base de los muros de la fachada

oriental; y el muro del extremo Sur está entero y todavía se ve algo la pintura rojo amarillenta que lo adornaba en otro tiempo.

Este palacio, de una doble bóveda de aposentos, tenía más de setenta y un metros, y la altura de la pared de tres metros y medio; su parte baja estaba desnuda, cubierta de cemento bruñido, y en esto se puede juzgar que estaba sin ningún adorno; pero el piso que constituía el techo era de una riqueza extraordinaria, si se consideran los fragmentos por allí esparcidos. La anchura del edificio es de ocho metros y medio, y la altura total de siete metros.

Las dos torres que flanquean el palacio, la una al Norte y la otra al Oeste, están, por desgracia, en el estado más deplorable; pero los adornos encontrados entre los escombros, dan una idea de la riqueza extraordinaria de esta arquitectura; pues se ven una especie de jeroglíficos enormes, modelados en el cemento, formando cuerpo con la pared, de tal modo, que los fragmentos de todas clases se desprendieron sin romperse.

A esta solidez se debe la conservación de un bajo relieve, procedente de la torre occidental, y cuyo modelado magnífico no se puede menos que admirar: bajo relieve que representa á un hombre de tamaño natural, aunque la parte superior del cuerpo y el antebrazo han desaparecido, así como parte de las ropas, de las cuales sólo queda el cinturón y un fragmento de adorno en el muslo; ruínas, en fin, que representan una robustez que sorprende. ¿Quién sabe si estas ruínas son los restos de Ceutla, la capital de Tabasco, cuyas torres en tiempo de la conquista, los españoles vieron desde sus naves, y de cuya anchurosa plaza salieron para aquella decisiva batalla campal!

En suma, cerca de esta pirámide se encuentran muchas otras de menos importancia, que forman parte de la misma cordillera; y lo mismo en éstas que en la primera, hallamos montones de ruínas, restos de paredes interiores derrumbadas, fragmentos de ornamentación, ladrillos enormes y palacios ó mansiones de grandes señores, pero que son tales y tantas, que para describir convenientemente las ruínas de Comalcalco se necesitarían años enteros, y mucha gente para explorar este campo tan vasto, perfectamente indicado por los exploradores, á los cuales deseo mejor estación y otros trabajadores que á los que á mí me han cabido en suerte.

Tal es, señor mío, un pequeño extracto de las ruínas de Comalcalco, según las contemplamos en este momento, y conforme á la visita expresa que hizo de ellas el viajero francés Mr. Dessive Charney en su viaje de exploración, en el que empleó quince días, acompañado de personas notables, que contribuían con sus conocimientos, así como con muchos trabajadores que facilitaban entrar en ciertos lugares y remover obstáculos que sólo mucha gente podía hacer á la vez: este estudio y exploración se verificó en 1881.

Aun podemos concluir, que las ruínas de Comalcalco están muy lejos de ser tan antiguas como las del Palenque; que éstas llevan consigo una construcción del todo diferente, no sólo en sí mismas, sí que también en los materiales empleados en ellas; tanto más cuanto que las ruínas de Comalcalco casi puede asegurarse que

son las de la ciudad primitiva de Tabasco, que descubrió Grijalva, y más tarde fué ocupada por el conquistador Cortés, y de la cual habla Pedro Mártir, describiéndola como una de las mejor construídas y más populosas de América.

CRÓNICA

España.—En Jaen bajo la presidencia del excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de la diócesis se inauguró el día 1.º de Marzo la gran Obra de la Propagación de la Fe, con asistencia de numerosas y distinguidas señoras.

Dióse lectura á la circular del reverendísimo Prelado sobre la instalación de la Obra y nombramiento de director diocesano á favor del celosísimo señor chantre de la Catedral Dr. D. Pedro Gaspar y Larroy.

Constituída la Junta diocesana, el expresado señor Chantre pronunció muy elocuentes frases y atinadísimas observaciones acerca de la sencilla cuanto sabia organización de la Obra de la Propagación de la Fe y medios conducentes para su desarrollo en la diócesis.

Magnífico remate puso á la sesión inaugural el excelentísimo señor Obispo con su elocuente y autorizadísima palabra, exhortando á la distinguida concurrencia á cooperar á tan santa Obra, lamentándose de que circunstancias especiales le hayan impedido llevar antes á cabo la realización de sus ardientes deseos por la instalación de la Obra en su diócesis. Refirió detalles interesantísimos acerca de un misionero discípulo suyo, que lleva veinte años trabajando con gran fervor en la conversión de los infieles.

Dijo que era necesario coadyuvar á los altísimos designios de nuestro Santísimo Padre León XIII, que ha tomado con especial empeño la Obra de la Propagación de la Fe y la unión de las Iglesias disidentes al Catolicismo, y después de manifestar la confianza que abrigaba en el celo de la Junta y de todas las señoras asociadas, terminó dando á todos su bendición pastoral.

Se distribuyeron con profusión circulares, Catecismos de la Obra, Anales, preciosas patentes y otros impresos, con lo que se dió por terminada la Junta.

Roma.—El M. R. P. Fr. Dionisio de Santa Teresa que no hace todavía un año que fué substituído por el actual Padre General en el gobierno de la sagrada Orden Carmelitana, ha sido nombrado miembro de la Comisión Pontificia, creada por León XIII, para la unión de las Iglesias disidentes. El mismo Santo Padre es el Prefecto de la Comisión, que está compuesta de los eminentísimos cardenales Ledochowski, Langenieux, Rampolla, Vicente Vannutelli, Galimberti, Vaughan y Mazzella.

El secretario es Mons. Luís Veccia, que por ser al mismo tiempo Secretario de la Propaganda para los asuntos de rito oriental, tiene como ayudante al Sr. Merry del Val. Los consejeros son: Mons. Sogaro, arzobispo de Amila; Mons. José Habra, obispo auxiliar y procurador del Patriarca sirio; Mons. Alejandro Volpini, secretario de Breves para los príncipes; el R. P. Arsenio Pellegrini, abad de las basílicas de Grottaferrata; el P. M. Cicognani, secretario del Índice; el R. P. Dionisio de Santa Teresa carmelita descalzo; D. Gasquet Aidan, benedictino, y el P. Tondini, barnabita.

—Nuestro Santísimo Padre León XIII se ha dignado nombrar obispo de Verápoli al docto y virtuoso P. carmelita Fr. Bernardo de Jesús, hombre dotado por Dios con los dones de prudencia y sabiduría; misionero infatigable entre los infieles del Indostán, como había sido antes celosísimo catedrático de filosofía. Son discípulos de este Religioso eminente por sus virtudes y su ciencia, entre otros muchos, los RR. PP. Salvador de la Madre de Dios, predicador elocuentísimo, y el digno Director de la Revista carmelitano-teresiana *San Juan de la Cruz*, que ve la luz en Córdoba, Fr. Eulogio de San José.

El nuevo Prelado nació en el pequeño pueblo de Zornoza (Viz-

caya) el 26 de Mayo del año 1852, vistió el hábito teresiano en Marquina, y así en su noviciado como después de profeso, siempre ha dado muestras de virtud extraordinaria.

Inglaterra.—¿Son válidas las órdenes sagradas entre los protestantes anglicanos?

Un periódico de Londres, el *Tablet*, dice que la Santa Sede ha encargado al cardenal Vaughan que estudie la cuestión contenida en la pregunta que antecede. Con este motivo acaba de nombrar una Comisión compuesta de teólogos versados en las ciencias sagradas y en la historia, á fin de que se dediquen á esta clase de trabajos.

Después de varias sesiones celebradas bajo la presidencia del mismo Cardenal, la Comisión nombró una Subcomisión compuesta del canónigo Moyes y de los PP. Gasquet, benedictino, y David, franciscano, para que redacten en compendio el resultado de los acuerdos.

Añade el mismo periódico que, mediante notificación venida de Roma, la cuestión será *judicialmente* examinada en fecha próxima, en vía de una decisión que merezca autoridad.

Los tres miembros de la Subcomisión han ido á Roma con la Memoria que han compendiado, á fin de someterla á la Santa Sede.

Fernando Poo.—El R. P. Pablo Pardina, C. M. F., escribe desde Concepción el 24 de Enero de 1896:

«Más de un año hacia que no habíamos tenido el consuelo de ver por aquí al reverendo Padre Prefecto, hasta que el día 19 de Noviembre, cuando un Hermano se disponía á pasar de aquí á San Carlos, se nos presentó impensadamente en esta Misión de Concepción, procedente de aquélla. Seis días permaneció entre nosotros, en uno de los cuales, arreglados ya los negocios que le traían á ésta, administró el santo sacramento de la Confirmación á dieciséis negritos.

«Preparados convenientemente con una fervorosa exhortación que les hizo la noche antes su reverendísima y con el sacramento de la Penitencia, que recibieron el mismo día, se acercaron todos con mucha devoción, el día siguiente á la Presentación de la Virgen, á confirmar el carácter de cristianos con el de soldados de Cristo. Quiera Dios y la purísima Virgen que permanezcan siempre firmes confesores de la fe en medio de la infidelidad. Una circunstancia curiosa ocurrió en este acto. Pocos momentos antes de empezar la función, salía un niño de la iglesia, y corriendo hacia donde estaban los confirmados, dijo:

«—Vamos, que el Espíritu Santo ya está esperando en la iglesia.

«En aquel entonces me dirigía yo á ella, y al entrar veo un hermoso pajarito en una de las cornisas del altar mayor. Allí permaneció hasta que se acabó la función.

«Después de este acto quiso nuestro reverendísimo Padre hacer una visita al pueblo bubí contiguo á la Misión. Fuimos los dos recorriéndolo todo y haciéndoles algunos regalitos, á que respondían con grandes muestras de agradecimiento, ya con señales y gestos muy expresivos, ya con palabras que entendíamos á medias. Dijonos una vez el que servía de intérprete, que era un niño muy despabilado:

«—Padre, les llenan de bendiciones y gracias por lo que les dan. Y añadió:

«—Pero el caso es que queriéndolos bendecir, los maldicen.

«—¿Qué dicen? preguntamos.

«—Dicen que los diablos los amparen.

«¡Valiente formula de gratitud por cierto!

«Algunas otras excursiones y visitas hemos hecho después á los pueblos bubis, con el fin de aficionarlos más á la Misión y ganarlos para Jesucristo. Su relación y los frutos obtenidos los guardamos para otra ocasión.»

Venezuela.—El P. Fr. Melchor de Escoriaza, misionero capuchino, escribe desde Caracas el 4 de Diciembre último:

«En el mes de Julio me mandó la santa obediencia al territorio de Caura (Guayana) á una exploración en compañía de Fr. Rafael y del presbítero Aranaga, español; y en la semana pasada regresamos á ésta con toda felicidad, después de haber construi-

do en uno de los pueblos de aquel territorio un pequeño templo para gloria del Altísimo, iniciado en la fe católica á cincuenta y cinco entre adultos y párvulos, unido en santo matrimonio á cuarenta concubinarios, recorrido algunas sendas trilladas por nuestros antiguos misioneros, admirado sus grandiosos monumentos aunque ya están arruinados, y estudiado las medidas que hay que tomar para trabajar en las Misiones con verdadero éxito.

«La tierra que fué regada en las márgenes del Caroní con la sangre de nuestros malogrados hermanos de la Independencia, entre los cuales se cuenta el P. Lleveras (tío de nuestro reverendísimo Padre Provincial) ¡oh prodigio! todavía se conserva encarnada y no ha producido una sola yerba, publicando así el Señor la inocencia de sus siervos, haciendo á la vez venerable su memoria para los siglos venideros.

«El Orinoco es el quinto río del mundo en su categoría, llevándole únicamente la ventaja el Amazonas, el Nilo, el Misisipí y el Plata, y tiene 2,374 kilómetros de curso, siendo 2,222 de ellos navegables, y recibe las aguas de 458 ríos, muchos de ellos también navegables, sin contar innumerables riachuelos, quebradas y caños. Hay como quince vapores y centenares de buques de vela que navegan por él de noche y de día: de día se hace muy deliciosa y distraída su navegación, tanto por sus pintorescas márgenes, cuanto por los innumerables peces de todas clases y no pocos caimanes que se ven en el trayecto.»

Aracania.—Desde hacia tiempo se venía trabajando con empeño porque Romero, uno de los más poderosos caciques de la Araucania, ingresara al seno de la Iglesia, como lo han hecho muchos otros jefes de indígenas; pero todos los medios habían sido infructuosos: Romero se obstinaba en no recibir el bautismo y en no abjurar de sus errores, diciendo, como muchos *sabios civilizados*, que esas cosas quedaban para los mapuches pobres y tontos, y no para un cacique como él.

Valiente como un león, gozaba de gran prestigio entre los suyos, distinguiéndose además por su inteligencia.

Con razón, pues, fué de verdadera fiesta en Temuco el día en que Romero se presentó á las Monjas de la Providencia acompañado de una de sus mujeres, de un hermano y un hijo, pidiendo el bautismo y la bendición nupcial. Al recibir los Sacramentos exclamó conmovido: «¡Ahora sí que estoy contento de veras! ¡Dios me lo ha perdonado todo!» Romero, que tenía cuatro mujeres, abandonó á tres. Una de éstas, de ochenta años, se convirtió también con uno de sus hijos.

Oceania.—El Ilmo. Martín, vicario apostólico de las islas Marquesas, cuenta lo siguiente en una carta:

«Acabo de saber que la pequeña isla de Uahuka, á la que sólo se ha hecho raras visitas, se prepara para el bautismo. El reverendo P. Pedro Chaulet es quien prepara esos nuevos hijos de Dios y de la Iglesia. Este Padre es un anciano misionero de larga barba blanca. Esta barba le da una renta de 100 francos anuales. El Rdo. P. Orens acaba de vender la suya en 150 francos. Los canacos están locos por esas barbas. Hacen con ellas penachos para sus cascos de escamas de tortuga.

«¿Qué queréis? Cada cual tiene sus gustos. Los misioneros compran con ese dinero ropas para nuestros leprosos. ¿Qué mal hay en ello? Conozco á uno que está deseando ser viejo para tener una barba blanca. Una barba blanca como la suya, que le llega hasta la cintura, valdría por lo menos 200 francos.»

Véase de lo que son capaces los misioneros católicos para auxiliar á los desgraciados.

Noticias varias.—La dominación de Inglaterra en la India (tan grande como toda Europa), los centenares de millones gastados por las Sociedades bíblicas y el Gobierno inglés para implantar el Protestantismo, han obtenido muy poco éxito, si hemos de creer á los hombres más interesados en la cuestión.

Estudiando los mensajes de los Obispos anglicanos de Calcuta, Madrás y Bombay dirigidos al clero y laicos protestantes de Inglaterra, pidiendo hombres y dinero, vemos que de los 240 millones de habitantes, no hay más que 120,000 protestantes, mientras que los católicos cuentan 2,400,000. Debemos tener en cuenta,

además, que el Protestantismo no conserva sus adeptos más que en tanto cuanto les provee de dinero; es verdad que no se puede pedir que los convertidos tengan la convicción más fuerte que los *convertidores*.

VARIEDADES

ABISINIA

ABISINIA es un país cristiano, convertido en el siglo IV por San Frumencio. Luego se hizo hereje y eutiquiano; pero no abrazó el Mahometismo, como los egipcios. De Jacobis predicó el Catolicismo, en 1839, en los Estados del Tigré, Azuhara y Choa. En 1846 se crearon dos vicariatos apostólicos: el de Abisinia, para los Lazaristas, y el de los Gallas, para los Padres Capuchinos, siendo jefes de aquella Misión De Jacobis, y de ésta el célebre cardenal Masaia.

MENELIK

De mediana estatura, robusto, bien hecho, ojos negros y poco expresivos, boca grande adornada con magnífica dentadura, pies y manos enormes, color bronceado obscuro, barba muy fina y canosa, completamente calvo, cincuenta años de edad: tal es en lo físico el emperador Menelik, el vencedor de Italia.

De gustos sencillos en el vestir, su traje consiste en una túnica, bajo la cual lleva una camisa blanca de tejido finísimo; una gran tela de seda con la cual se envuelve la cabeza, y unas babuchas enormes, rojas, con bordados de oro y seda de labor egipcia.

Menelik II es reputado como un monarca valeroso y guerrero. Entre sus súbditos ha conseguido el sobrenombre de *el Justo*, y es tenido en gran estima no sólo por sus elevadas cualidades, sino por su distinguida alcurnia, ya que según la tradición desciende en línea directa del famoso Menelik I, emperador de Etiopía, é hijo del rey Stloman y de la reina de Saba. Sucedió en el trono en 1889 á Juan II. Tiene cierta ilustración, y ha tratado en varias ocasiones de cultivar relaciones diplomáticas con varias potencias europeas, y de civilizar á su pueblo.

Sus diversiones favoritas son tocar una trompeta de niño é iluminar sus habitaciones con lámparas japonesas de papel, que enciende en persona.

Pero al lado de estas puerilidades tiene dos grandes condiciones: el valor y la caballerosidad tradicional en todo guerrero abisinio. De esta caballerosidad dió buena prueba cuando sitiada la guarnición italiana de Makaleh, y sin otra perspectiva que la de una muerte gloriosa haciendo volar el fuerte, ordenó Menelik al *ras* Makonner que enviase agua y víveres á los sitiados, que después los dejase salir con armas, bagajes y aún artillería, y que los escoltase hasta dejarlos reunidos con el grueso del ejército italiano, todo lo cual se hizo como mandaba el Emperador.

Menelik debe su corona á los italianos, con quienes ahora está empeñado en guerra.

Era no más que un rey de Choa, y conspirando contra su jefe supremo el *negus* Juan, emperador de Etiopía, se alió á los italianos que guerreaban contra éste. A la muerte del *negus neghest* (rey de reyes) Juan, los

italianos otorgaron la corona imperial á Menelik, en premio á sus servicios, despojando de ella al *ras* Mangascia, hijo del difunto rey del Tigré.

Al subir Menelik al trono de Salomón los italianos exigieron de él un tratado, cuya interpretación motiva la guerra actual.

En cuanto lo firmó el *negus* envió el Gobierno italiano una circular á las potencias, notificándoles que Abisinia quedaba bajo el protectorado de Italia, y que en adelante las relaciones de aquel país con el extranjero se harían por conducto de la cancillería italiana. Menelik no se enteró de esto hasta que recibió una carta de protesta de la reina Victoria y otra muy indignada y muy mortificante del Emperador de Alemania, en que apenas le daba el tratamiento de «Alteza» á él, *negus neghest*, rey de reyes.

Menelik se apresuró á pedir explicaciones á los italianos, y éstos le contestaron que, por virtud del tratado, Abisinia era efectivamente protectorado de Italia. Nególo el Emperador etíope. Hubo un cotejo de textos, y entonces se descubrió que mientras el italiano decía: «*Consiento* en servirme del Gobierno de S. M. el Rey de Italia para todas mis relaciones con los demás Gobiernos;» el texto abisinio decía: «*Puedo* servirme, etc.» Menelik protestó enérgicamente en una circular á los monarcas europeos, y llamó «falsificadores» á los italianos.

Durante una porción de tiempo se estuvo negociando un arreglo, pero inútilmente. La emperatriz Taitu, desconfiando ya para todo de los italianos, se negó á cuanto no fuese la supresión absoluta de la cláusula discutida, y á modo de ultimatum redactó ella misma y entregó en persona al conde Antonelli un proyecto de tratado que no quiso aceptar Italia.

Entonces se declaró la guerra y con ella vinieron los desastres italianos.

EL EJÉRCITO ABISINIO

Son curiosos los siguientes datos sobre el ejército de los abisinos, que acaba de publicar quien ha vivido entre ellos, en la misma corte del Negus Menelik.

Los soldados no piensan ni ven más que por sus jefes, que son muy adictos al *ras* bajo cuyas órdenes pelean, y profesan al Negus un culto que raya en veneración.

Los que se pasaron á los italianos, atraídos por el dinero y por las promesas de victorias ciertas, han vuelto la casaca á las primeras derrotas de las tropas italianas, y hoy se hallan bajo la bandera tricolor verde, amarilla y encarnada del Rey de los reyes de Etiopía.

La organización militar y civil de la Etiopía tiene grandes analogías con los tiempos del feudalismo.

El Negus es, por decirlo así, el generalísimo del ejército de la Etiopía. El mismo nombra los *ras* (cabezas ó jefes en lengua etíope), y éstos tienen una organización propia, una corte, un ejército, un clero y funcionarios, á los cuales está concedido nombrar sus oficiales hasta en sus graduaciones más elevadas.

Los *ras* son gobernadores de provincia y pagan al Negus tributos más ó menos importantes. El *ras* Makanen, á quien puede considerarse como el virrey de

Abisinia, comparte con su soberano los ingresos muy importantes que saca de las Aduanas de la provincia del Harrar.

Todas las caravanas de café, de marfil, de pieles y de oro deben pasar necesariamente por el Harrar para poder ir á la costa, y están obligadas á pagar un tributo de tránsito de 10 por 100 del valor de las mercancías.

Todos los años los *ras* presentan á Menelik un tributo fijo, pagadero en grano, café, marfil y oro, según la producción de los países. A pesar de esto, el Negus no es rico, como pudiera creerse; pero gasta mucho dinero en la organización de sus fuerzas militares.

El Negus no arma directamente á sus *ras*, sino que les da el derecho de armarse. Así autoriza á tal ó cual *ras* para que compre fusiles que él cede, reservándose para su ejército propio los fusiles más recientemente llegados de Europa.

Las armas que tienen en la actualidad son sistema Gras, procedentes de la venta de los arsenales, después de la adopción, en Francia, del fusil Lebel, y han sido llevados á la Abisinia por los negociantes. No tienen el fusil Lebel, aunque sí una imitación que procede de Lieja, regalado al Negus á título de curiosidad.

Después de los *ras* vienen los *dedjasmatchs*, generales en jefe; luego los *fitoraris*, generales de vanguardia; los *cagnasmatchs*, generales del ala derecha, y los *grasmatchs*, generales del ala izquierda.

Los jefes de 1,000 hombres se llaman *yàchi alaka*; los de 100, *yamoto alaka*, y los de pocos hombres, *meslani*.

En la corte abundan los cargos, habiendo intendentes (*azages*), chambelanes (*agafari*), pajes, (*balamual*), oficiales de boca (*asalafi*), coperos (*tetch alaka*), etc., etc.

La Emperatriz tiene también su corte, su ejército, sus funcionarios y su caja particular.

Los *asmaris* ó trovadores cantan después de las comidas, acompañándose con instrumentos de cuerda.

Una cantante abisinia entona cantos guerreros en los días de gran ceremonia.

Los sacerdotes católicos coptos asisten á todas las ceremonias, y el clero representa importante papel en la Etiopía...

Las mujeres acompañan al ejército cuando se trata de una larga campaña, y se encargan de confeccionar las comidas y el pan para los soldados.

CARTAGO

El R. Rambard, archipreste de Santa Cruz de Cartago, nos manda la siguiente noticia:

«El 5 de Mayo de 1895 el Ilmo. Combes, arzobispo de Cartago, primado de Africa, asistido por los canónigos y clero de las parroquias y capillas de la ciudad, delante de numerosa asistencia inauguró el nuevo título de la antigua iglesia de Santa Cruz, é hizo descubrir la siguiente inscripción monumental, puesta por orden suya en el umbral del santuario:

TITVLVM SANCTAE CRVCIS TVNETANAE
AB INCLYTO R. D. IOANNE LE VACHER
S. VINCENTII A PAVLO DISCIPVLO
VICARIO APOSTOLICO

DIE XI NOVEMBRIS ANNO MDCLXII
CANONICE ERECTVM
ET IN HISCE PATRVVM TRINITARIORUM
AEDIBUS AB ANNO MDCCXXX
CAPTIVORUM HOSPITIO NOBILITATIS
ANNO MDCCCXXXII TRANSLATVM
DECORE AUXIT
MVNIFICENTISSIMVS R. D. D. D.
CLEMENS BARTHOLOMAEVVS COMBES
ARCHIEPISCOPVS CARTHAGINENSIS
AFRICAЕ PRIMAS
QVI TEMPLVM HOC VSQVE AD ANNVVM
MDCCCLXXXII
CATHEDRALIS TVNETANI VICARIATVS
APOSTOLICI IVRIBVS PRAEDITVM
INSIGNIVIT NOMINE
MATRICIS ECCLESIAE
ARCHIPRESBYTERALIS
ET PRAESENTEM REI MEMORIAM
ANNO Dni. MDCCXCVC DIE FESTO
PATROCINII ALMI S. IOSEPH
GESTIENT. CLERO AC POPVLO
SOLEMNITER DICAUIT

TRADUCCIÓN

«El título de Santa Cruz de Túnez, canónicamente erigido el 11 de Noviembre de 1662 por el ilustre sacerdote Juan Le Vacher, discípulo de San Vicente de Paúl y vicario apostólico. Transferido en 1832 á este edificio de los Padres Trinitarios, destinado desde 1730 á refugio de los esclavos, recibió nuevo esplendor merced á la munificencia del Rmo. Sr. Clemente Bartolomé Combes, arzobispo de Cartago, primado de Africa, que dió á este templo, catedral del vicariato apostólico de Túnez desde 1882, el nombre de Iglesia Matriz Archipresbiteral, y para memoria del hecho, presidió la colocación solemne de esta inscripción el día de la fiesta del Patrocinio del excelso San José, el año 1895, con júbilo del clero y del pueblo.»

La inscripción, dictada en el estilo magnífico del siglo de Augusto, contiene la historia entera de la más antigua iglesia de Túnez.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para los cristianos víctimas de las matanzas de Armenia

Angel Muñoz Rocilla, de Colindres.. . . .	1,000	ptas.
Ramón Salaverria, de Elgoibar.	1'50	»
Antonio Arozena, de id.	2'50	»
Juan Armendia, de id.	1	»
Manuel Arriaga, de id.	1	»
Carlos Usatorre, de id.	1	»
Eugenio Arrien, de id.	1	»
Dionisio Orue, de id.	1	»
José Gurruchaga, de id.	0'50	»
Antonio Unzueta, de id.	0'50	»
De otros varios, de id.	2'50	»

Estos donativos, que con los del número anterior suman 1,067'50 pesetas, han sido enviados inmediatamente á su destino.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.